

Una novela corta romántica Victoriana apasionada.

Casada
por
el Duque

CARRIE LOMAX

Casada por el Duque

UNA NOVELA SOBRE VIRTUD Y VICIO

CARRIE LOMAX

Copyright © 2023 por Carrie Lomax

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de breves citas en una reseña de libro.

Este libro no puede ser utilizado para entrenar ninguna base de datos de Modelos de Lenguaje Grande ni ser utilizado de ninguna otra manera en ningún programa de inteligencia artificial sin el permiso expreso por escrito de la autora. Ninguna plataforma tiene el derecho de sublicenciar a otros para reproducir y/o utilizar esta obra de cualquier manera con el propósito de entrenar tecnologías de inteligencia artificial para generar texto sin el permiso específico y expreso de la autora.

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, eventos y la mayoría de las ubicaciones son inventados por la autora; cualquier parecido con personas, lugares y eventos reales es típicamente coincidental, excepto los nombres reales de lugares como ciudades y países.

Ilustración de portada por Foreverafter Romance Designs.

Índice

[Acerca de este libro](#)

[Londres, primavera de 1882](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Emma, tres años después](#)

[Acerca del Autor](#)

[Otras Obras de Carrie Lomax](#)

Acerca de este libro

Emma Willis, que creció bajo la tutela de hombres poderosos, se había resignado, en particular por su repugnante tutor actual, Lord Maximus Aloyisius Tremaine, duque de Ardenne. Cuando él le le ordena abruptamente que busque un marido, ella está dispuesta a luchar contra él con uñas y dientes, tal como lo ha hecho desde el desafortunado día en que se conocieron.

Max siempre ha disfrutado de irritar a su espinosa pupila, pero un beso inesperado lo obliga a darse cuenta de que el único candidato que considerará como esposo es él mismo. Con solo dos semanas para convencerla de su verdadera conexión, Max ahora debe trabajar para ganar lo único que nunca anticipó querer: el amor de Emma.

Londres, primavera de 1882

Uno

EMMA

Procurarás encontrar marido a la mayor brevedad posible, decía la carta de su tutor.
—No haré tal cosa —murmuró Emma, y arrojó la bola arrugada al fuego. Una lástima que sus pensamientos no pudieran reducir a cenizas a su autor junto con ella. Lord Maximus Aloysius Tremaine, el sexto Duque de Ardennes, merecía arder por toda la eternidad.

O más.

Desafortunadamente, Emma no tenía el poder de enviar a su maldito tutor a ninguna parte. Él, sin embargo, tenía la autoridad para ordenarle ir a donde quisiera, y el duque no temía ejercerla.

Donde la quería ahora era en Londres para su primera temporada. No podría haber sido más insultante al respecto ni aunque lo hubiera intentado.

He descuidado tu situación durante demasiado tiempo. Entre tu insignificante dote y tu edad avanzada, tendrás suerte si atraes a algún pretendiente. Dejarlo para otro año no servirá de nada.

Como si fuera una dama de alta cuna en lugar de la hija ilegítima del segundo hijo de un conde.

Emma estaba acostumbrada a no ser deseada. Al menos el anterior Duque de Ardennes había sido un hombre amable. Su hijo, el duque actual, era otra historia. Max la había tratado con arrogancia y desdén desde el momento en que se conocieron. Hasta ahora, se había contentado con dejarla marchitarse en el campo, fuera de su vista y de su mente.

Convocarla fuera de la escuela en medio del trimestre de primavera afectaría a sus estudiantes. Como si su enseñanza no importara.

Para el Duque de Ardennes, no importaba. Nada importaba excepto sus caprichos. Inexplicablemente, había decidido que ahora era el momento de despojarse de la responsabilidad de su bienestar. Sin duda, seleccionaría personalmente al sapo más despreciable de Londres como su marido. A propósito.

¿Por qué?

No era una pupila problemática. Rara vez interactuaban.

Claramente, el duque la despreciaba más de lo que ella jamás había imaginado.

—Igualmente —murmuró Emma, observando cómo el papel se desmoronaba en cenizas—. Ciertamente no me encadenaré al primer hombre que me lo pida, simplemente para complacer a Su Desgraciosa.

Aunque no deseaba una temporada, sí quería liberarse de su pomposo y arrogante tutor para

siempre, idealmente antes de emanciparse legalmente a los veinticinco años. En este punto, estaban profundamente de acuerdo.

A menos que...

¿Y si pudiera frustrarlo hasta el punto de que le concediera el control de su herencia antes?

Una sonrisa tiró de las comisuras de sus labios. Un plan diabólico se desarrolló en su mente. La desesperación de Max por deshacerse de ella le presentaba a Emma una oportunidad.

Estaba segura de que estaba a la altura del desafío de molestar a Max hasta que le concediera la libertad en un plazo mucho más corto que los cuatro años que de otro modo tendría que esperar. El matrimonio estaba descartado. Emma estaba harta de ser una carga perpetua para los demás. No tenía intención de encerrarse en un matrimonio sin amor por conveniencia del duque.

—Señorita Willis, su carruaje está aquí —le informó el director.

—Estoy lista.

Lista para librar la guerra.

Des
MAX

Max observó con escepticismo el sencillo vestido y el poco favorecedor sombrero de la señorita Willis. Le había enviado fondos para ropa adecuada antes de que comenzara el año escolar, pero aparentemente no había gastado ni un céntimo.

Casar a la Testaruda Señorita Willis podría ser más difícil de lo que había anticipado, y no esperaba que casar a su irritante pupila fuera fácil. Ya lo había pospuesto hasta que la temporada estaba bien avanzada.

—Una cita con una modista es lo primero en la lista.

—¿Así es como recibes a los visitantes estos días? —preguntó ella con acidez.

—A los hombres les gustan las mujeres bonitas, no las víboras desaliñadas. —Las facciones de Emma eran delicadas; cuando no fruncía el ceño, no era poco atractiva. Aun así, su apariencia podría mejorar con un vestido decente y un poco de peinado hábil...

—Gracias por esa evaluación demoledora. No tengo mucha necesidad de vestidos de noche en la Escuela de la Señora Quarrie para el Perfeccionamiento de Jóvenes Damas. ¿Me necesitabas para algo más que como blanco de tus insultos, Su Desgracia... ejem, Su Gracia? ¿O puedo retirarme? Estoy bastante fatigada.

Max suspiró. La cabeza de la señorita Willis apenas le llegaba al hombro. Besarla implicaría doblar el cuello en un ángulo incómodo...

Interiormente, gimió. *Otra vez no.*

Max no podía detener su reacción física hacia su pupila. Nunca había sido capaz de reprimirla, un hecho que lo había desconcertado durante todo el tiempo que se conocían.

Su voz melodiosa resonó en su mente durante varios segundos antes de que sus palabras encajaran en su lugar.

—¿Acabas de llamarme Su Desgracia?

Un tono rosado tiñó las mejillas cremosas de Emma. Había una pequeña marca cerca del lado izquierdo de su boca. No podía dejar de mirarla. Max a menudo se encontraba distraído por la forma exuberante y el color de sus labios.

Cuando la señorita Willis estaba cerca, no podía pensar con claridad.

—¿Y qué si lo hice? —preguntó ella sin rodeos.

Max se frotó las sienes.

—En realidad, es "Su Desgraciadez" —le informó ella.

—Mira quién habla. —Max tuvo el absurdo impulso de reír.

—No soy duquesa. Por lo tanto, no se espera que muestre ninguna gracia, Su Desgraciadez.

—La gracia es inherente al sexo femenino. La excepción confirma la regla, supongo. — Viendo que la protesta se formaba en sus labios de capullo de rosa, la interrumpió diciendo—: Supongo que te estarás preguntando por qué te hice volver.

—Ardenne House no es mi hogar.

El dolor de cabeza de Max empeoró abruptamente. —Lejos de la escuela, entonces.

—Fuiste bastante directo al exponer tus razones. ¿Debo repetirlas?

—No es necesario, las recuerdo perfectamente...

—"Señorita Willis, la ocasión de su reciente cumpleaños me recuerda cómo sus perspectivas matrimoniales disminuyen con cada día que pasa. Ya tiene una edad suficiente como para que encontrar un pretendiente no sea una tarea fácil, particularmente dados sus deficientes encantos personales..."

—¿Te memorizaste toda mi carta? —exigió, horrorizado. Estaba seguro de que eso no era lo que había escrito realmente. Aunque la parte de *escasos encantos personales* sonaba inquietantemente familiar.

Max no había considerado cómo se sentiría recibir una carta así. Era un duque y no estaba acostumbrado a considerar los sentimientos de nadie más sobre nada en absoluto.

—Cada. Palabra. —Miss Willis dio dos pasos adelante. Su dedo índice extendido le pinchó en el esternón. Max se estremeció—. Antes de quemarla.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho.

—Al menos me has hecho el favor de destruir la evidencia de mis malos modales. —Se mantuvo rígido, flexionando las manos para no cerrarlas en puños.

Emma sonrió con suficiencia.

Él quería... quería... *hacer algo* para que se detuviera. Su impulso inmediato fue besarla, pero eso le ganaría una bofetada, así que imaginó estrangularla en su lugar.

—Quemo todas sus cartas, Su Gracia.

Él suspiró.

—Curiosamente, yo guardo todas las tuyas.

Ella frunció el ceño. Una expresión similar se apoderó de su rostro. ¿Por qué admitiría tal cosa? ¿A ella, de todas las personas?

—Este asunto de la tutela debe terminar.

—Estoy de acuerdo. Concédeme mi herencia y déjame seguir mi propio camino —dijo Emma alegremente.

Max resopló.

—No. Sin embargo, ya que ninguno de los dos encuentra alegría en la compañía del otro, busquemos una manera de terminar este acuerdo.

—La forma más rápida de hacerlo sería darme lo que es mío y dejarme ir.

—Eres una mujer.

—¿Te has dado cuenta!

La mandíbula de Max se tensó. Sí, había notado que era una mujer desde su primer encuentro. Técnicamente, Emma no era una belleza. Ningún aspecto individual destacaba como un rasgo excepcional. Sin embargo, en conjunto, la totalidad de su composición lo tentaba más que cualquier otra mujer que hubiera conocido.

Su pequeña figura estaba bien proporcionada, aunque su torso estaba lamentablemente oculto por un escote alto. A Max le gustaba un buen busto, y había sentido curiosidad por el de ella durante seis largos y frustrantes años.

Su cabello podría ser de un tono castaño poco notable, pero era sedoso y grueso, como la piel

de un visón. Su mano se levantó involuntariamente como si fuera a acariciarlo. Horrorizado, Max juntó las manos detrás de la espalda para evitar que vagaran.

—No tengo duda de que tú, como cualquier mujer, derrocharías tu herencia en semanas, obligándome así a rescatarte de tu propia locura. Ninguna pupila mía termina en el asilo de pobres, sin importar cuán irresponsable sea. No permitiré que tu comportamiento se refleje mal en mí.

Un jadeo indignado. Por una vez, la lengua afilada de Miss Willis pareció momentáneamente atada. Max presionó la ventaja.

—Por lo tanto, te esforzarás por encontrar un marido a la primera oportunidad disponible. ¿Entendido?

—¿O qué?

—¿Qué quieres decir con qué? —Max pensó que había sido perfectamente claro en este punto.

—¿Qué pasa si no deseo casarme? ¿Qué me harás si te desafío?

Él se rio. Las mejillas de Emma se sonrojaron.

—No tienes ningún poder sobre mí más allá del dinero —dijo ella—. Dame lo que es mío y déjame ir. Nunca volveré a cruzarme en tu camino.

Su risa se desvaneció. Una extraña sensación le retorció el estómago. Debería hacerlo. Nada le impedía entregarle un pequeño fajo de billetes y deshacerse de ella para siempre.

Pero si lo hacía, nunca volvería a ver sus ojos azul pálido iluminarse con picardía.

Un nudo se le formó dolorosamente detrás del esternón.

—El dinero, señorita Willis, es lo único que se interpone entre usted y la indigencia. Creo que descubrirá que vivir sin él es sumamente incómodo.

—Tú no lo sabrías.

—No. Ni tengo intención de averiguarlo. No tengo apetito por los piojos de cama, las gachas aguadas y los agujeros en las suelas de mis botas, que es lo que encontrarías en un asilo. Disfruto estando cómodo. Lo creas o no, quiero las mismas comodidades para ti. Mi padre prometió mantenerte y protegerte hasta tu veinticinco cumpleaños o tu matrimonio, lo que ocurriera primero. No deseo soportar cuatro años más de tutela más de lo que tú lo desees.

Ella se tensó como si la hubiera golpeado.

—Ya que soy tan odiosa para Su Desgraciadez, me retiraré de su exaltada presencia de inmediato.

Emma se alejó furiosa en un remolino de faldas. Max exhaló un suspiro. Aquello había ido incluso peor de lo esperado, y sus expectativas no habían sido altas.

Una cosa era segura: no tenía ningún control en lo que concernía a la señorita Willis. Ninguno. Cuanto antes saliera de su vida, mejor.

Para ambos.

Tres
EMMA

Los viajes en carruaje eran la peor parte de la hasta ahora poco espectacular temporada de Emma, por la única razón de que la obligaban a estar cerca de su detestable tutor. Esta noche, la llevaba a una velada para conocer a un juez viudo.

—Intenta sonreír —ordenó Max.

Emma mostró los dientes en una mueca lobuna.

—Así no.

Dejó que su rostro se relajara, y luego casi se cayó del asiento cuando su tutor murmuró —Eres bonita cuando sonríes —mientras miraba decididamente por la ventana del carruaje. Se movió incómodo—. Más bonita, quiero decir.

—¿Eso fue un cumplido?

—Uno involuntario, te lo aseguro.

No sabía qué hacer con un cumplido saliendo de sus labios. ¿Desde cuándo la consideraba siquiera marginalmente atractiva?

Desde nunca. Era otra broma. Eso era todo.

Pasaron varios minutos tensos en silencio. Emma seguía mirando a Max, tratando de dar sentido a lo que había dicho. ¿Por qué la naturaleza bendecía a los hombres más diabólicos con los rostros más angelicales? Apenas podía apartar la mirada de la angularidad esculpida de sus facciones, aunque le pellizcase el corazón mirarlo.

Una pequeña y estúpida parte de ella se pavoneaba al pensar que un hombre como Max la considerara bonita. Emma sabía que no era así. Había visto el tipo de mujeres que se deshacían por él. Bellezas deslumbrantes goteando joyas de piedras preciosas. Un duque era ciertamente una presa rara.

Mirando más de cerca a su tutor ahora, Emma frunció el ceño. Su Desgracia parecía adolorido y ligeramente verde.

—¿Estás bien?

—No me gusta ir de espaldas en un carruaje —presionó un puño contra sus labios—. Me hace sentir mal.

—Oh —Emma jadeó, sorprendida de que su némesis admitiera tal fragilidad—. Cambiemos de asiento. No me importa ir de espaldas.

—No —el duque se enderezó—. No se hace.

—¿Por qué no? —exigió Emma.

—Porque soy un caballero. Yo viajo así. Tú eres una dama. Tú viajas de esa manera.

—Por el amor de Dios. *Señor, sálvame de los hombres tercos*. ¿Es por esto que te has negado a acompañarme a ningún lado? ¿Porque te mareas al ir de espaldas en un carruaje?

Aparte de breves excursiones, mayormente había dejado a Emma a sus anchas. Discutir con él durante las comidas, curiosamente, se había convertido en lo más destacado de su día.

—No me mareo. Me siento... nauseabundo. Eso es todo.

—Bien. Púdrete ahí como un nabo, entonces. Como quieras llamarlo, si tienes que vomitar, por favor hazlo al menos por la ventana.

Gotas de sudor aparecieron en su frente. Oh, cielos. Realmente se sentía mal. Emma experimentó una desconcertante punzada de simpatía por él.

—Insisto en que intercambiamos lugares, Su Gracia. Prometo que nadie sabrá jamás cómo tu hombría se ha visto comprometida por cambiar de asiento con una mujer durante un solo viaje en carruaje.

Aun así, no se movió, el terco asno.

—Oh, levántate ya —Emma le agarró la mano y tiró. Era como tirar de un trozo de carne. La única vez que le habían pedido que ayudara en la cocina de la escuela, la habían mandado a buscar un jamón al almacén. No pudo averiguar cómo levantarlo, lo que la obligó a volver avergonzada y admitir su derrota. Imagina la indignidad de perder contra un cerdo muerto.

Ahora sentía las mismas cosas. Cuando el duque no se movió, Emma le soltó la mano.

—Bien. Sé así. Voy a hacer espacio para que te sientes de este lado, te guste o no —Emma se agachó para mantener el equilibrio en el piso que se balanceaba y se acomodó en el asiento junto a él. Max se apartó bruscamente.

De todos los silencios incómodos que jamás habían existido, este tenía que ser el más largo. El calor de su cuerpo se filtraba en su costado. Realmente era un hombre enorme. Fácilmente treinta centímetros más alto que ella, y musculoso debajo de las capas de fina seda, algodón y lana que indicaban a un hombre en posesión de inmensa riqueza.

Emma nunca había pensado en la forma de un hombre antes de que estuviera presionado contra ella.

—Tú estás... —La voz del duque sonaba tensa. Probablemente por las náuseas.

—¿Sí?

—Demasiado cerca.

Se tambaleó hacia el asiento opuesto. Emma no pudo evitar sentirse ofendida. ¿Estar cerca de ella era realmente tan desagradable?

Este era el resultado que pretendías.

—Abriré la ventana —tanteó el pestillo—. Me agrada bastante este vestido nuevo; no me gustaría verlo arruinado si devuelves el estómago.

—No haré eso —insistió él con brusquedad. El aire que entraba traía olores a estiércol, hollín y animales muertos. Aun así, ayudó. El tono gris verdoso fue retrocediendo gradualmente de la piel del duque.

—Me alegra que te guste el vestido —dijo él después de un largo silencio.

—No me gusta, particularmente —Emma sí que le gustaba, pero no iba a admitirlo.

Usa esto, haz aquello, compórtate como una dama en todo momento. Sé callada y olvidable, pero lo suficientemente memorable como para atraer a un pretendiente decente.

Qué acto de equilibrio imposible se esperaba de las mujeres.

Si tuviera mi propio dinero, mi dinero legítimo, no tendría que fingir ser algo que no soy.

Pero no lo tenía, así que lo hacía.

—Literalmente dijiste que no querías que lo arruinara porque te gustaba.

—Que no quiera que ensucies mi vestido nuevo no significa que disfrute usar dicha prenda.

Él miró por la ventana durante varios momentos. Emma tuvo la sensación de hundimiento de que ella había sido la más imbécil durante esta escaramuza en particular.

—Hemos llegado —declaró él con rigidez después de un largo silencio.

—Tengo ojos, Su Gracia.

Su tutor suspiró. Emma no podía culparlo. Después de todo, estaba siendo intencionadamente difícil. Ese era su plan. ¿Por qué, entonces, se sentía mal de que estuviera funcionando?

Cuanto más la odiara, más pronto la liberaría. Solo tenía que apretar los dientes y seguir siendo tan desagradable con él como fuera posible.

Pero esta noche, él no se lo estaba poniendo fácil. No estaba siendo su habitual yo controlador. Casi estaba siendo... amable.

Era muy perturbador.

Cuando el carruaje se detuvo, Max espetó:

—Procura no avergonzarme esta noche, señorita Willis. Estamos aquí para presentarte a un hombre que creo sería una pareja apropiada para una dama de tu posición. Es de buen carácter.

—El juez Adkins.

—Sí. Debes sonreír, reír y, lo más importante, no insultarlo. Si logras pasar quince minutos sin decir nada inapropiado. Confieso que tengo mis dudas —Max miró por la ventana—. Una vez que esa tarea se haya cumplido, nos marcharemos antes de que puedas arruinar tus oportunidades afilando tu ingenio mordaz en el pobre hombre, o en cualquier otro pretendiente potencial. ¿Entendido?

—Eres optimista al pensar que habrá un pretendiente, y mucho menos un segundo.

Bajó del carruaje sin tomar la mano que él le ofrecía.

Cuatro

MAX

No había razón alguna para sentirse molesto —aunque fuera levemente— de que Emma hubiera cautivado al Honorable Sr. Adkins, un juez de la alta corte. Sí, tenía hijos mayores que la señorita Willis, pero eso no era nada fuera de lo común. El hombre estaba bien establecido y podía permitirse pasar por alto su nacimiento ilegítimo y su patética dote.

La señorita Willis levantó el rostro y rio. Los celos se dispararon dentro de él.

Max intentó recordar si alguna vez había oído reír a Emma antes. No pudo. Ni una sola vez en todos los años de su conocimiento. No es que careciera de sentido del humor. Simplemente nunca sonreía cuando él estaba cerca.

Esta noche, su sonrisa iluminaba toda la sala. *Bonita* se quedaba corto para describirla. No había pretendido que ese cumplido se le escapara, pero era cierto. Cuando no estaba enfurruñada como una adolescente malhumorada, Emma era cautivadora.

El peinado de su doncella ayudaba. Al igual que el vestido de satén adornado con rosas de seda verdes y rosas.

Esta era una versión de la señorita Willis que no conocía. En absoluto.

Pensándolo bien, no había hecho ningún esfuerzo real por conocerla. Era comprensible que ella fuera cautelosa con él. Pero si realmente lo odiara, no le habría hecho cambiar de lugar con ella en el carruaje. ¿O sí?

Una extraña sensación que no podía nombrar se agitó dentro de él. Si era esperanza o indigestión persistente, Max no podía estar seguro.

—¿Dónde has estado escondiendo a tu pupila todos estos años? —La voz de un hombre sacó a Max de su ensimismamiento—. Pensé que habías dicho que era una ratoncita sencilla.

—Lo es. Mírala, Pindell.

—Eso hago. Has subestimado su belleza por un amplio margen. Puede que a ti no te parezca encantadora, pero me gustaría que me la presentaras, si fueras tan amable.

La competencia es buena, se recordó Max. Dos pretendientes significaban una mejor oportunidad de encontrar uno que se llevara a Emma de sus manos. Max ya había preguntado sobre la obtención de una licencia especial en nombre de su pupila. Teóricamente, podría librarse de la señorita Willis la próxima semana.

Pindell era un partido mucho mejor del que una chica como Emma podía esperar conseguir. Max debería estar encantado de presentarlos.

No lo estaba.

Una bola de recelo se alojó detrás de su esternón mientras llevaba a regañadientes a su amigo

hacia donde Emma y Adkins conversaban, con las cabezas inclinadas como si fueran viejos amigos, a pesar de haberse conocido hace apenas diez minutos.

—Un hombre sensato en tu posición debería buscar una heredera, no una don nadie ilegítima —refunfuñó Max.

La sonrisa de Emma flaqueó.

Pindell le lanzó una mirada. —Estoy en la afortunada posición de poder elegir esposa por consideraciones no mercenarias. Además, es bastante presuntuoso de tu parte asumir que tengo intención de proponerme antes incluso de haberla conocido.

—Los matrimonios se han basado en menos conocimiento.

La forma en que la expresión de Emma se oscureció ante su acercamiento, para luego iluminarse al instante en que presentó a Pindell, se retorció como un cuchillo en las entrañas de Max.



Emma

—¿De verdad dijo eso? —preguntó Adkins en un tono bajo de asombro.

—En efecto —dijo Emma con rigidez—. Su Gracia no tiene una alta opinión de mí.

—Nunca he conocido a Ardennes por ser deliberadamente cruel. Un poco demasiado convencido de su propia rectitud a veces, como la mayoría de los hombres de su clase, pero hablar tan francamente de su linaje...

—Dice la verdad —Emma se encogió de hombros. Dolía, pero no podía negar que era *una don nadie ilegítima*.

—Lord Pindell —dijo Adkins afablemente, saludando al recién llegado. Los rizos pelirrojos y el rostro abierto y ansioso de Pindell contrastaban fuertemente con el ceño fruncido y la postura imponente de Max. Emma ignoró al duque y le dio al recién llegado una sonrisa de bienvenida. Un vizconde, le informaron.

—Señorita Willis. Tengo entendido que fue maestra hasta hace poco, ¿no es así?

—Sí, en la Escuela de la Señora Quarrie para el Perfeccionamiento de Señoritas. Trabajar con las chicas era un placer —mintió. Había habido momentos de alegría mientras enseñaba, solo que no muchos. Emma cambió deliberadamente a un tema más neutral—. El señor Adkins me estaba contando sobre su nuevo nieto.

—Me sorprende que lo haya tolerado —intervino Max—. No pensé que le gustaran los niños. Pasó un momento de silencio atónito.

—Por supuesto que me gustan los niños. No soy un monstruo, Su Gracia.

—Solo una marimacho.

Una ira punzante le recorrió la espalda. Iba a perder los estribos si su tutor no se callaba. Ahora mismo.

Max estaba saboteando deliberadamente sus ya dudosas perspectivas matrimoniales. ¿Qué le pasaba?

—Con todo respeto, Ardennes, no he presenciado ningún comportamiento marimacho por parte de la señorita Willis esta noche —dijo Adkins, inclinando la cabeza—. Usted, por otro lado...

El efecto en Max fue casi cómico. Al principio, su ceño se profundizó. Luego se sacudió, como un gran oso emergiendo de una hibernación invernal, y el ceño desapareció.

—Supongo que eso significa que desea casarse con la chica.

—Me atrevería a decir que nunca he conocido a un hombre tan obsesionado con el estado matrimonial como tú —Pindell sonrió y le dio una palmada en la espalda a Maximus—. Es casi como si no pudieras esperar para atarte la toga al cuello.

Adkins hizo una mueca.

Emma no sabía dónde mirar ni cómo dar sentido al escandaloso comportamiento de su tutor. Técnicamente, había hecho todo lo que él le había pedido esa noche. Sonreír tampoco había sido tan difícil, una vez que estuvo fuera del alcance del oído de Max. Incluso lo estaba pasando bien. Adkins no se ofendió cuando ella confesó que no buscaba marido. Él entonces le confió que tampoco estaba buscando formar una nueva familia, habiendo casado recientemente a su hija menor. Aunque Emma parecía una joven encantadora, el juez tenía un nuevo nieto que disfrutar y no deseaba volver a ser padre él mismo.

Su honestidad se ganó instantáneamente su favor. A partir de ahí, charlaron amigablemente hasta que Max y Pindell los interrumpieron.

Naturalmente, Max no podía soportar verla feliz.

Se puso rígido ante la insinuación de matrimonio de Pindell como si fuera un gran insulto.

—Nos vamos. La señorita Willis está cansada.

—No he expresado tal queja —protestó Emma.

—Acaban de llegar —Adkins tenía confusión escrita en sus rasgos agrietados.

—Apenas he tenido oportunidad de hablar con ella —Pindell le dedicó una sonrisa.

—Si desea hablar con ella, venga a mi casa de la ciudad mañana a las dos y media en punto. Vámonos, Emma —la tomó del brazo, intentando sacarla de la silla, y lo logró a medias antes de que ella se zafara. Max la fulminó con la mirada, luego a Pindell—. Visite *solo si* sus intenciones son sinceras.

La piel de Emma se erizó de furia.

Las cejas tupidas de Adkins se alzaron.

—¿Intenciones? Acabamos de conocer a la señorita Willis...

—Han visto lo suficiente para formarse una opinión sobre ella —espetó Max—. Cualquier contacto adicional sin duda arruinará la ilusión.

Le agarró la mano y la puso de pie. Esta vez, Emma no se atrevió a resistirse.

—Me estás avergonzando —siseó mientras la arrastraba hacia la salida.

—*Tú* eres quien me está avergonzando a *mí*.

—¿Cómo?

—Por... por alentar a esos libertinos.

—¡Adkins no es un libertino; tiene casi sesenta años! ¡Y fue tu idea presentarnos en primer lugar!

Si pensaba que él había fruncido el ceño antes, Emma se desengañó de esa idea ahora. *Esto* era un ceño fruncido de proporciones aterradoras. Max no dijo nada, ni siquiera un adiós superficial a su anfitriona.

—¿No vas a despedirte correctamente? —exigió ella.

—No —masculló él.

—Supongo que una de las muchas ventajas de ser duque era que uno podía salir furioso sin arriesgarse a ser condenado al ostracismo por tu grosería, pero desearía que consideraras cómo tu comportamiento se refleja en mí.

El ácido le quemaba las entrañas. ¿Cómo podía hacerle esto? El propósito entero de esta temporada que nunca había pedido era buscar un marido, y ahora que un hombre había mostrado

el más mínimo interés, Su Desgraciado la arrastraba a la fuerza.

Emma nunca había estado tan confundida en su vida.

Afuera, mientras esperaban en las escaleras a que llegara su carruaje, Max finalmente la soltó. Emma retrocedió varios pasos tambaleándose, tropezando con el dobladillo de su falda. Él la atrapó antes de que pudiera caer.

—¿Qué. Estás. Haciendo? —siseó Emma—. ¿Estás loco?

—No te vas a casar con Adkins —gruñó el duque—. No te vas a casar con nadie, excepto conmigo.

Entonces la atrajo hacia sí y la besó hasta dejarla sin aliento.

Cinco

EMMA

El tumulto interior de Emma se calmó al instante. Clavada en el sitio, solo pudo levantar el rostro para encontrarse con sus cálidos labios. Su pequeño jadeo le ofreció una oportunidad, y él aprovechó la ventaja, deslizando su lengua entre sus dientes en una caricia sorprendentemente íntima. De no ser por su brazo alrededor de su cintura, sus rodillas habrían flaqueado.

¿Cómo era posible que un hombre que la hacía sentir mal cada vez que abría la boca, pudiera hacerla sentir tan bien con esos mismos labios?

Emma entrelazó sus brazos alrededor de su cuello. Nunca se había dado cuenta de cuánto necesitaba esto. El contacto. La intimidad.

Jamás había comprendido cuánto de su aspereza hacia él había sido impulsada por el dolor de sentirse no deseada.

—Dulce Emma —murmuró contra su sien—. Me has atormentado y tentado desde el primer momento en que nos conocimos. No hay remedio. Debo tenerte como mi duquesa.

Los latidos del corazón de Emma retumbaban en su cráneo. Él la *deseaba*.

La realidad se interpuso, como golpear el suelo después de saltar de un tejado y pensar durante unos segundos embriagadores que podía volar.

Este era *Max*. Su némesis. Guapo, rico, nunca quiso tener nada que ver con ella. *Ese Max*.

No iba a atarse a su caprichosa indiferencia para siempre. Ni por todo el dinero del mundo.

Recobrando el juicio, presionó ambas manos contra su pecho y lo empujó.

—Siempre es lo mismo contigo, Maximus Aloysius Tremaine. Dices "quiero" y esperas que el mundo deje todo y te lo dé.

—Soy un duque, después de todo.

Emma luchó por no reírse. A veces llevaba su título con tanta naturalidad. Odiaba admitir que le gustara algo de Max, pero disfrutaba de ese singular aspecto de él.

—Eso no te da permiso para darme órdenes. Interrumpiste mi vida perfectamente contenta en la escuela y me trajiste a Londres, con el propósito declarado de lavarte las manos de mí. Ahora, cuando tu plan de casarme estaba a punto de funcionar, ¿cambias de rumbo? ¿Alguna vez se te ha ocurrido preguntar qué es lo que yo quiero?

Ambos sabían que él nunca había contemplado lo que ella quería ni por un segundo.

—¿Perfectamente contenta? —se burló—. Estabas miserable en esa maldita escuela.

Su boca se abrió de par en par. —¡No lo estaba!

—Absolutamente lo estabas —insistió—. Esperando que yo te rescatara.

Emma se quedó boquiabierta. —No puedes creer honestamente eso.

El carruaje llegó entonces, impidiendo cualquier discusión adicional. Cuando miró hacia arriba, Emma se consternó al ver a los invitados de la fiesta asomados por la ventana, señalándolos y cotilleando.

No habría forma de salvar su reputación después de esto. Hombre maquinador.

Emma no tenía intención de atarse permanentemente a Max, ducado o no. Él podría pensar que quería su mano en matrimonio, pero ella lo sabía mejor.

—Usted, señor, es el último hombre que jamás consideraría para casarme.



Max

La declaración de Emma lo destrozó.

Se había ganado su rechazo. No tenía una explicación racional para sus acciones esta noche. Solo un remolino de emociones que apenas podía entender. Tomados en conjunto, los hechos sumaban una conclusión ineludible: estaba enamorado de su pupila, y lo había estado durante algún tiempo.

Todo encajó en su lugar.

En el momento en que la vio durante aquella primera visita navideña, estuvo a punto de componer malos poemas sobre los ojos azul cristalino de Emma. Sus edades en ese momento — Emma tenía apenas quince años y él aún no cumplía los veintidós— impedían cualquier expresión genuina de interés, por lo que la trató como si fuera una prima menor. O al menos lo intentó. Ella se había molestado por sus bromas, él se había ofendido, y las cosas habían ido cuesta abajo desde entonces.

Esta noche, se había dado cuenta de que su pupila no era una mojigata desaliñada, sino una hermosa joven que no tendría dificultades para encontrar marido.

Casi había desperdiciado su oportunidad con ella.

Max la ayudó a subir al carruaje. Cuando Emma tomó deliberadamente el asiento de espaldas, él se resignó a aceptar su caridad.

—Me doy cuenta de que mis acciones esta noche son una sorpresa —comenzó—. Para ambos. La verdad es, señorita Willis, que la he admirado durante bastante tiempo. Años, incluso. Pero no comprendí la profundidad de mis sentimientos hacia usted hasta esta noche. El único remedio para mi agonía es que nos casemos lo antes humanamente posible.

Solo entonces podría llevarla a la cama y aliviar su casi insoportable necesidad de desnudarla, saborear cada centímetro de su deliciosa piel, tocarla de la manera en que había imaginado hacerlo durante tantos años. Ella no lo rechazaría. Emma era sensata, aunque más orgullosa de lo justificado.

Emma se cruzó de brazos.

—¿Es esto una broma, Ardenne?

Pregunta capciosa.

—Por favor, llámeme Max. Lo prefiero. Y no, hablo completamente en serio.

Por favor, di que sí.

—Permítame ser clara —dijo Emma—. No me casaré con usted, ni con nadie más, a menos que sea por afecto y respeto mutuos. Usted no ha demostrado ninguna de esas cualidades hacia mí en ningún momento durante el curso de nuestro conocimiento.

—¿Un beso no es afecto?

Sus mejillas se tornaron rosadas.

—Aparte de un único e inesperado beso.

—Propongo que me permita demostrarle más mis afectos... —Max se inclinó hacia delante.

—¡De ninguna manera!

Se detuvo, inclinado hacia adelante con un codo sobre la rodilla. El color que teñía las mejillas de ella se volvió carmesí mientras retrocedía. No era el efecto que buscaba.

—Ni siquiera le agrado, Max. Sea lo que sea que haya provocado esto, estoy segura de que lo pensará mejor por la mañana. Mientras que yo tendré que lidiar con las repercusiones de su comportamiento de esta noche.

La frustración se sentía como vidrios rotos en su pecho. Él *había* sido descortés. Quizás se había ganado su apodo después de todo.

—¿Recuerda la primera Navidad que la llevamos a Gracepoint? —La finca campestre de los Ardennes, donde su padre prefería vivir todo el año.

Con cautela, ella asintió.

—¿La vez que me comparó con un pudín? Sí. Lo recuerdo vívidamente. No es frecuente que me llamen estúpida.

—Quise decir que era dulce y suave.

—No se percibió así en ese momento.

Él exhaló un suspiro.

—Estaba tratando de hacerla reír.

—¿Burlándose de mí?

—Sí. En cambio, se puso toda erizada conmigo como un erizo ofendido.

Los labios de Emma se curvaron en una leve sonrisa antes de volver a aplanarse.

—Fue algo cruel decirle eso a una chica que pasaba su primera temporada navideña sola. Tus burlas fueron tan malas que supliqué regresar a la escuela antes, aunque solo estuvieran la familia del director y yo hasta que comenzara el siguiente trimestre.

Max se balanceó sobre sus talones, recordando.

—No pensé que lo tomarías como un insulto personal.

Emma arqueó una ceja con escepticismo.

—Sé que he pasado los últimos seis años discutiendo contigo cuando debería haberte dicho cómo pensaba en ti cada hora de cada día. Dame la oportunidad de demostrarte cuánto me importas.

Al ver que su resistencia flaqueaba, se inclinó más cerca y acarició suavemente su mandíbula con las yemas de sus dedos. Emma se estremeció ligeramente, pero no se apartó. Él quería besarla de nuevo, pero decidió que probablemente ella no se lo permitiría una segunda vez.

—Dos semanas. Dame catorce días para demostrarte que las cosas pueden ser diferentes entre nosotros. Al final, verás lo perfectos que somos el uno para el otro.

Emma parpadeó como si saliera de un trance. Su mirada bajó brevemente a sus labios, luego volvió a sus ojos, y luego se desvió tímidamente. Un sentimiento de triunfo lo invadió. Después de todo, ella le habría dejado besarla.

Que ella iniciara el próximo. Él podía ser paciente. Por un tiempo. Si debía hacerlo.

Ganaría su corazón. Max se sentía confiado de que esta embriagadora mezcla de esperanza, deseo y miedo también la afectaba a ella.

—¿Si no puedes convencerme de que tus afectos son genuinos, me concederás mi herencia? ¿Y dejarás mis mañanas libres de interferencias? Me niego a dejarte monopolizar mi tiempo

durante dos semanas enteras. De todos modos, rara vez te despiertas antes del mediodía.

Max dudó, luego levantó la barbilla y accedió. Haría cualquier cosa para ganar su confianza.

Seis

EMMA

La inesperada propuesta de Max hizo que encontrar trabajo se convirtiera en la prioridad principal de Emma. Con el pretexto de ir de compras, pasó la mañana preguntando por puestos de telegrafista y contable. Al no tener éxito con ninguno —le faltaba experiencia para el primero y el segundo requería demasiadas horas—, sus esperanzas se elevaron al ver un cartel escrito a mano en el escaparate de Kiefer's Fine Books.

Perfecto. Si lograba convencerlos de que la contrataran, podría usar la excusa de que era una bibliófila hasta el extremo. Max nunca sospecharía, a pesar de que había una biblioteca bien surtida en su opulenta casa de la ciudad para que ella la saqueara. De hecho, Emma había elegido deliberadamente libros que pensaba que irritarían a su tutor.

Si Max lo notó, no dijo nada sobre sus gustos de lectura. El desafío no era tan fácil como ella esperaba, cuando él ignoraba su mal comportamiento.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

—Emma Willis. Deseo preguntar por un empleo.

Las cejas pobladas del dependiente se alzaron.

—Hay un cartel en la ventana que ofrece un puesto a tiempo parcial. Cumplo con los requisitos listados. Mi facilidad con los números es excelente. Soy una lectora versada en una variedad de temas. Puedo asistir a los clientes con recomendaciones literarias apropiadas. No me importa realizar tareas menores como quitar el polvo y ordenar.

Sabía que estaba divagando. Emma nunca había intentado encontrar trabajo antes. La escuela la había mantenido después de graduarse, a cambio de alojamiento y dinero para gastos menores.

El dependiente la miró con escepticismo. —¿Sabe su marido que está buscando trabajo?

Qué irritante era que no pudiera vender su propio trabajo por un precio justo sin el permiso de un hombre.

—No tengo marido, señor...

—Gill. Administro la tienda para mi tío, que es el dueño —el dependiente se frotó la barbilla pensativamente. Había mechones grises entremezclados en su cabello oscuro. Ella calculó que estaría en sus treinta y tantos—. Tendré que hablar con mi tío sobre contratar a una mujer. No pagará el salario completo anunciado.

—¿Por qué no? —exigió indignada. Emma sabía por qué. Quería que él dijera la razón en voz alta.

—No es usted un hombre. No puedo pagarle un salario de hombre.

—Doce chelines a la semana difícilmente es un salario de hombre.

No discutas, se reprendió Emma. Sus dientes se cerraron ligeramente sobre su lengua, una reprimenda interna que llegó demasiado tarde.

—Cierto, por eso no hemos podido cubrir el puesto. Si me deja sus datos de contacto y referencias, señorita Willis, le enviaré un mensaje si el dueño lo aprueba.

—Gracias —Emma se tomó su tiempo, escribiendo cuidadosamente para que no hubiera error. La dirección era demasiado elegante, así que dio una descripción vaga de su presencia en la casa de un duque que uno podría interpretar como si fuera una sirvienta, en lugar de una invitada no deseada.

Si Su Desgraciada Alteza alguna vez se enteraba de lo que estaba haciendo, sin duda la obligaría a detenerse. Por lo tanto, Max nunca debía saberlo.

Una vez que tuviera su independencia, ya no tendría que depender de la generosidad reacia de otras personas. Nunca más sería una carga para nadie.

Cuando terminó, le entregó la hoja al empleado y dijo:

—Volveré en una semana si no he recibido noticias tuyas.

—No es necesario, señorita Willis. Le enviaremos un mensaje si podemos ofrecerle el puesto.

Emma mantuvo la cabeza en alto mientras salía de la tienda, aun imaginando cómo su solicitud acabaría en el cubo de la basura.



Max se puso de pie cuando ella entró en el comedor de Ardenes House para almorzar. Su corazón dio un vuelco al verlo vestido con camisa y chaleco. Sin chaqueta.

—¿Dónde estuviste esta mañana, señorita Willis...?

Ella levantó un dedo.

—Acordamos que mis mañanas son mías para hacer lo que me plazca. No estoy obligada a informarte de mi paradero.

Sus labios se entreabrieron como si fuera a protestar. De repente, Emma recordó la sensación de tenerlos presionados contra los suyos. Mariposas en el estómago. Aun así, se mantuvo firme. La boca de Max se tensó ligeramente antes de inclinar la cabeza hacia un lado, indicando que cedía.

—¿Qué aventura has planeado para nosotros hoy, señorita Willis, que requiere una comida tan abundante? —Sostuvo un plato de fruta fresca y sirvió varias cucharadas en el plato de ella. Aparentemente, a Su Gracia no le importaba que comiera como una glotona. Emma estaba famélica después de correr toda la mañana en su misión secreta de buscar trabajo.

—Deseo competir en una regata —declaró, con la boca llena de sándwich de jamón y queso—. ¿Conoces a algún remero?

—¿Te refieres a remar?

—Sí. —Suspiró—. Todos esos hombres fuertes, remando al unísono. Sin mencionar esas camisetas que llevan.

Max se atragantó.

—Henley. La camiseta se llama Henley. —Se enderezó—. Aún es temprano en la temporada. Las regatas no se celebran hasta julio. Tengo algunos amigos de mis días de escuela que mantienen su acceso al club de remo para practicar. Supongo que podría pedir un favor. ¿Hay otras actividades poco femeninas que te gustaría experimentar?

—Polo —dijo Emma. Bien podría aprovechar la oportunidad para probar tantas cosas como

fuera posible mientras él se mostraba indulgente—. No me importaría probar suerte con el juego, aunque no podría permitirme perder dinero. Tendrías que financiarme.

—Y yo que esperaba que te conformaras con montar a horcajadas. —Suspiró—. Debería haber sabido que elegirías actividades extravagantes.

—¿Crees que podría? —preguntó con interés—. ¿Montar a horcajadas?

—Tendrás que hacerlo si vas en serio con lo de aprender a jugar al polo.

Emma murmuró pensativa.

—¿Qué tal una carrera de caballos?

—Podemos correr en Hyde Park si renuncias a tu actividad matutina secreta.

—No así, Max. Quiero correr en una pista de verdad.

—Admito que eso suena interesante.

—¿Eso significa que nunca lo has intentado antes?

—Por supuesto que no. No puedo arriesgar mi cuello antes de haber asegurado un heredero.

Me niego a ser el hombre que rompa ocho generaciones de primogenitura.

—Entonces anticipas convertirte en padre —preguntó Emma. Un trozo de jamón se le atascó incómodamente en la garganta.

—Es lo que se espera de un duque.

—Sí, pero eres más que un duque. También eres un hombre.

Cuando Emma levantó la mirada hacia la suya, bien podrían haber saltado chispas con el contacto.

—Te diste cuenta.

El calor le encendió el rostro.

—Termina, cariño. Antes de que pueda llevarte a navegar, tienes una cita.

—¿La tengo?

—¿Recuerdas mis instrucciones a Adkins y Pindell ayer por la tarde?

—¿De visitar a las dos y media si sus intenciones eran sinceras?

—En efecto.

—Pero tú dijiste... —se interrumpió confundida. Un escalofrío le recorrió la espalda al recordar su gruñido, *No te casarás con nadie más que conmigo*.

—Sé lo que dije, Emma. Ellos, sin embargo, no lo saben. —Extendió una mano—. Ven. Vamos a quitarle a Pindell cualquier idea de que alguna vez pondrá una mano sobre tu delectable persona.

Emma hizo una mueca. —¿Y tú crees que lo harás?

La media sonrisa segura de Max le revolvió las entrañas. Los sentimientos eran cosas estúpidas. No iba a dejar que la sedujera tan fácilmente. Había pasado del antagonismo al encanto, y podía volver a cambiar en cualquier momento.

—La forma en que me miras, Emma, me dice que me has deseado tanto como yo a ti todos estos años. Estás tan ansiosa de que te toque como yo de complacerte.

Ella resopló con desdén, pero Emma temía que pudiera tener razón.

Siete
MAX

—**N**unca antes había tenido que rechazar a un pretendiente —reflexionó Emma—. Y mucho menos dos propuestas en una sola tarde.

—La tercera es la vencida —dijo Max alegremente. Trece días para conquistar su corazón. Debería haber empezado años atrás, en lugar de ponerse tan nervioso en presencia de Emma que respondía a su ingenio mordaz con sus propias pullas. Ambos habían sido demasiado orgullosos para ceder.

Emma apoyó el mentón en su mano y dijo:

—¿Y si rechazo la tercera propuesta también?

—Entonces serías una tonta.

Max dejó que su boca se curvara en una media sonrisa. Ella se sonrojó y desvió la mirada.

—Una pregunta sincera, Emma. ¿Por qué no querías ser mi duquesa?

—Ambos sabemos que no estoy preparada para ese papel —evadió ella.

—Si eres mi esposa, estás preparada. Punto final. —Abrió las puertas del cobertizo de botes. El olor a madera húmeda lo llevó de vuelta a sus días universitarios—. Una duquesa define su papel. No al revés. —Max encontró el dispositivo que buscaba y se lo tendió—. Toma. Ponte esto.

—¿Qué es?

—Un chaleco salvavidas. El interior es de corcho. Consentiré tu sentido de la aventura, pero no arriesgaré tu vida, Emma. Supongo que no sabes nadar.

—No muy bien. ¿Es algo que podemos añadir a nuestra agenda?

Su entusiasmo le dibujó una sonrisa en los labios. Debió de haberse sentido tan sofocada en esa rígida escuela para señoritas.

—Ir a Brighton y volver consumiría más tiempo del que tenemos asignado. Pero te prometo que, si quieres aprender a nadar, encontraré la manera de hacerlo posible. —Max ajustó las correas para que el chaleco salvavidas se ajustara bien alrededor de su torso. Quizás podría convencer a alguien para usar una piscina privada. Podrían nadar sin trajes de baño...

Las posibilidades daban vueltas en su mente.

—¿El río está frío en esta época del año? —preguntó Emma, interrumpiendo su ensoñación de nadar desnudo con ella.

—Está frío todo el año. Si no eres una nadadora fuerte y estás lastrada con faldas y zapatos, este chaleco podría significar la diferencia entre sobrevivir y ahogarte.

—No estaba proponiendo dejármelo, Max. Quiero intentar remar, no morir en el intento.

Emma giró para mostrar el aparatoso dispositivo de flotación. Su falda se expandió. Todo entre su cintura y sus hombros estaba acolchado con sarga de algodón rellena de corcho. Cuando dejó de girar, frunció el ceño.

—¿Dónde está tu chaleco salvavidas?

—No necesito uno. Soy un nadador fuerte y no llevo falda. —Se quitó el jersey de punto y lo tiró a un lado, quedándose con esa camisa que a ella tanto le gustaba. La Henley.

Emma apoyó el mentón en su puño mientras su mirada recorría la fila de botones que bajaba directamente por su esternón. Se sorprendió mirando fijamente y apartó la mirada bruscamente, diciendo:

—Quizás debería empezar a usar pantalones, para facilitar la movilidad.

Los lomos de Max se tensaron. Que el cielo los ayudara a ambos si ella adoptaba la moda masculina. No sería capaz de quitarle las manos de encima.

—Usaremos este bote —señaló una embarcación baja amarrada al muelle, se subió al fondo plano y le ofreció la mano a Emma. Ella colocó su delicada palma en la de él. El pulso de Max se aceleró ante el contacto.

Se arremangó las mangas y colocó los remos en los toletes. Emma se sentó en el banco frente a él. Incluso con las piernas dobladas, sus rodillas presionaban la tela de su vestido. Ella se apartó un poco, con las mejillas sonrosadas.

Max desató la cuerda del noray y maniobró hábilmente hacia el centro del río, donde la corriente era más fuerte.

—¿Puedo intentarlo?

Max los había llevado al centro del río donde el agua corría más suave. Le mostró cómo sujetar los remos, luego cubrió sus manos enguantadas con las suyas desnudas y le demostró el movimiento circular usado para remar hacia adelante.

—Así.

Emma lo miró, luego apartó la vista y volvió a mirarlo. Su brillante cabello castaño estaba recogido, pero algunos mechones se habían escapado y flotaban alrededor de su rostro. ¿Cómo pudo haber pensado alguna vez que era sosa? Sus pálidos ojos azules brillaban de emoción. Sus labios tenían el color de las rosas primaverales, y el voluminoso chaleco salvavidas no podía ocultar la elegante línea de su cuello.

—¿Puedo preguntarte algo?

Emma inclinó la cabeza. —Mientras no sea una propuesta. Ya he decepcionado a suficientes hombres por hoy. Es un asunto agotador.

—No lo haré. Aún no, aunque debes admitir que esto crea un escenario tan romántico como uno podría desear. El atardecer sobre el agua. Una suave brisa. Un paisaje bucólico hasta donde alcanza la vista.

Emma bostezó discretamente, frustrando las esperanzas de Max de usar su proximidad como excusa para un beso.

—¿Te estoy aburriendo?

—¡No! —Sus cejas se arquearon en gemelos arcos de horror—. He tenido un día largo y emocionante, eso es todo. Estoy disfrutando mucho esta experiencia.

—¿Adónde fuiste esta mañana?

Emma levantó un dedo. —Acordamos. Las mañanas son mi tiempo para hacer lo que desee sin interferencias. Tienes mis tardes por trece días más —tomando los remos, remó con vigor—. ¡Veamos qué tan rápido podemos hacer ir este bote!



—No tenía idea de que tuvieras tal sentido de la aventura —dijo Max una vez que habían cerrado la caseta de botes y estaban sentados en la orilla cubierta de hierba para observar el atardecer que se desvanecía. Los restos de su picnic estaban en la cesta a unos metros de distancia. Nunca había experimentado un interludio tranquilo con una mujer que se sintiera tan íntimo.

—Bueno, no he tenido muchas oportunidades de explorar mis intereses, ¿verdad? —preguntó Emma, cambiando su equilibrio sobre una cadera, apoyándose en un brazo. Con su mano libre, reprimió un bostezo—. Las aventuras estaban mal vistas en el colegio de la señora Quarrie. Tenía que comportarme lo mejor posible, no fuera a perder mi lugar.

—Podrías haber venido a Gracepoint. Nadie te obligó a volver a la escuela.

Excepto... ¿no lo había hecho él?

Max se sentó más erguido, estirando sus largas piernas y reclinándose sobre sus manos. Sus hombros se rozaron. Emma no se apartó.

—Pensándolo bien, puedo entender cómo esa opción podría no haber sido atractiva para ti —dijo él después de unos momentos.

—No me gusta sentirme no deseada. O inútil.

—¿Te hice sentir así? —El corazón de Max se hundió. Emma se encogió de hombros.

—Me habría mantenido fuera de tu camino si me hubieras dado algo productivo que hacer.

—¿Como qué?

—No lo sé. Cualquier cosa.

—Eres mi pupila, no mi sirvienta. Cuando seas mi esposa, no tendrás que mover un dedo.

Se atrevió a depositar un beso en la coronilla de su cabeza. El cabello oscuro y liso de Emma estaba cálido por el sol poniente, su sombrero desabrochado y apartado.

—Eso es lo que me temo.

Mujer desconcertante.

—Dime. ¿Qué harías con tu herencia si tuvieras la suma completa ahora mismo? ¿Gastarla toda en sombreros y carreras de caballos?

Emma puso los ojos en blanco.

—Por inverosímil que le parezca a un hombre incapaz de vestirse sin la ayuda de un ayuda de cámara, mis necesidades son modestas. Mi herencia es más que suficiente para asegurarme una vivienda segura y, combinada con un empleo satisfactorio...

—No puedes pretender *trabajar* —interrumpió él, horrorizado—. Por *dinero*.

—¿Qué tienes en contra del trabajo honesto?

—Eres una dama, Emma. Las damas no trabajan. Lo prohíbo. Además —se inclinó para susurrar—, pretendo ocupar todo tu tiempo. —Max tomó la última fresa y la acercó a sus labios.

Emma apartó su mano, así que él se metió la fruta en su propia boca.

—¿Y si quiero trabajar?

Max se rio entre dientes.

—No puedes hablar en serio. ¿Por qué alguien se dedicaría a trabajar si pudiera evitarlo?

—¿Porque no todo el mundo es un esnob perezoso como tú? —dijo Emma dulcemente, aunque él detectó un filo implacable bajo su tono meloso.

—Qué ética puritana. —Chasqueó la lengua—. Innecesaria, querida Emma. Nada más que lo mejor en la vida para la madre de mis hijos.

Su comentario hizo que ella se girara y se sonrojara graciosamente. La había desconcertado.

—Entonces me haré a un lado mientras las damas se apresuran a ofrecerse voluntarias para el

puesto.

—¿Ni siquiera mi Henley es suficiente aliciente? —Se llevó la mano al pecho, fingiendo una herida. Emma se rio.

—La camisa era una excusa descarada para mostrar tus atributos varoniles, y lo sabes.

—¿Funcionó?

Ella le dio un manotazo en el brazo en lugar de responder, y luego apoyó la cabeza en su hombro. El corazón de Max se hinchó. Una sensación similar abultó visiblemente sus pantalones. No podía decir si ella lo había notado. ¿Sabría Emma el efecto que tenía sobre él?

Después de unos minutos, su ligero peso se volvió pesado. Le dolían las muñecas. Su miembro también, por razones diferentes. Deslizó un brazo alrededor de su cintura. Emma se inclinó hacia adelante y, por un momento que le detuvo el corazón, pensó que iba a besarlo. Luego se desplomó, sin fuerzas, y Max tuvo que apresurarse para atraparla.

—Dormida —murmuró con pesar—. Supongo que este día realmente fue agotador para ti.

Con su mano libre, pasó el brazo por debajo de las rodillas de ella y se puso cuidadosamente de pie. La cabeza de Emma descansaba sobre su hombro, con los brazos cruzados sobre el estómago y los labios ligeramente entreabiertos. De esta manera, la llevó hasta su carruaje y la sentó en su regazo. Max la sostuvo durante todo el trayecto de vuelta a su casa de la ciudad.

Ocho

EMMA

Emma despertó lentamente, con la sensación desconocida pero deliciosa de una persona acostada a su lado. Sentirse abrazada era tan agradable...

Se quedó paralizada, demasiado sorprendida para respirar.

Max.

¿Qué hacía él en su cama?

—¿Qué hora es? —jadeó. El reloj marcaba un cuarto para las ocho. Se relajó aliviada. Había tiempo de sobra para ir a buscar empleo.

Sin embargo, eso no explicaba por qué Max dormía en su habitación. Ni presentaba una solución para sacarlo de allí antes de que los descubrieran juntos.

Emma rebuscó en sus recuerdos de la noche anterior y concluyó que no había pasado nada indebido, a pesar de lo bien que se veía él con esa camiseta Henley y las mangas enrolladas.

Por un momento, se preguntó cómo sería vivir sabiendo que podría despertar en la misma cama todas las mañanas por el resto de su vida.

—Despertaste temprano —dijo Max con voz ronca, sobresaltándola.

—En realidad es tarde. Normalmente me levanto con el sol.

—Mmm. Tendrás que acostumbrarte a dormir hasta tarde una vez que estemos casados.

—No nos vamos a casar, Max.

—¿No fue suficiente lo de ayer para convencerte? Tendré que esforzarme más hoy.

La atrajo hacia su pecho, con el brazo sobre su cintura. Aun completamente vestido, el bulto de su erección presionaba contra sus nalgas. Debía estar soñando. Emma entrelazó sus dedos temblorosos con los de él y se preguntó cuál sería el protocolo para indicar *por favor, tócame*.

Afortunadamente, Max le leyó la mente. Su pulgar rozó la parte inferior de su pecho.

—¿Me quitaste el corsé? —preguntó ella con una voz más ronca de lo normal. No se reconocía a sí misma. Necesitaba cosas que no sabía cómo articular. Max había despertado una parte de Emma que ella había pasado toda su edad adulta ignorando, y ahora su cuerpo clamaba por su tacto.

—Alguien tenía que hacerlo. ¿Por qué?

Él le acarició la nuca con la nariz. El roce de su barba incipiente reverberó agradablemente por todo su cuerpo. Un dolor insistente se instaló entre sus piernas. Impaciente con sus lentas caricias, ella estiró el cuello buscando un beso y al mismo tiempo guió la palma de él hacia su abdomen.

Max no necesitó más estímulo. La hizo girar sobre su espalda, acostándose a medias encima

de ella mientras le acariciaba el pecho a través de la camisola. Su enagua y sus pantaletas estaban enredadas alrededor de su cintura. Ávidamente, Emma le acunó el rostro y se abrió a su beso cada vez más profundo. El peso de él la hundía en las sábanas. Su miembro presionaba insistentemente contra el vértice de sus muslos. A modo de experimento, Emma inclinó sus caderas ligeramente hacia arriba y fue recompensada con un gruñido de sorpresa.

—Tu curiosidad va más allá de los botes de remos —murmuró—. ¿Debo complacerte, mi dulce?

Emma asintió. Deslizó sus manos por la espalda de él, deleitándose con el juego de músculos bajo el fino algodón de su camiseta Henley. Él no se la había quitado. Con atrevimiento, ella tiró del dobladillo lo suficiente para deslizar las puntas de sus dedos por la piel desnuda sobre la cintura del pantalón.

Apoyándose sobre sus codos, Max se alcanzó por detrás de la cabeza y se quitó la prenda. Debería haber sido un movimiento torpe, pero lo realizó con tanta fluidez que ella no pudo evitar imaginar que lo había practicado cientos de veces, con cientos de otras mujeres.

Bueno, si él podía experimentar el amor sin compromiso, ella también. Su reputación ya estaba hecha trizas después de su arrebato, y de todos modos no le importaba lo que pensara de ella la gente de su círculo social. En menos de dos semanas, ella sería una mujer independiente, y Max estaría en su siguiente conquista.

El triste pensamiento se disipó cuando él se echó hacia atrás, indicándole que se quitara la camisola. Tímidamente, Emma cruzó los brazos sobre su pecho.

—Déjame verte —le suplicó. Ella quería que la emoción de su primera experiencia fuera con él. Durante años, incluso en sus momentos más profundos de aversión, una parte de ella había anhelado que él la viera como una mujer en lugar de una niña. Emma era incapaz de resistirse al deseo que ardía en sus ojos.

Una parte de ella —la mayor parte, si era honesta— realmente le gustaba. Cuando no estaba siendo un pomposo imbécil, Max era muy divertido. Si hubieran nacido como personas diferentes, podrían haber conectado de una manera distinta.

Emma resopló y se cruzó de brazos sobre el pecho, dividida entre la vergüenza y el deseo de complacerlo. Querer complacer a Max era, sin duda, una experiencia novedosa. No confiaba del todo en que no se riera de su modesto pecho.

—Vamos —dijo él alentadoramente.

Con manos temblorosas, ella desabrochó los botones de nácar de su corpiño y se sacó la tela por la cabeza.

El sonido que él hizo al ver sus pechos desnudos rompió todos los restos de su resistencia.

—Hermosa —dijo él maravillado.

—No es nada que no hayas visto antes.

—Nunca te había visto *a ti* así antes.

—Nadie lo ha hecho. Además, estoy segura de que no puedo compararme con todas tus cortesanas y amantes.

—Sobreestimas enormemente mi interés por otras mujeres. —Suavemente, apartó las manos de ella, sosteniéndola por las muñecas mientras la miraba a placer—. Las damas que se ofrecían hacían que la persecución fuera bastante aburrida. Tú, en cambio, siempre estuviste fuera de límites, primero por órdenes de mi padre, luego debido a mis propios intentos torpes de tratarte como una hermanita, cuando lo que sentía por ti era todo menos fraternal.

—Es demasiado pronto para revelaciones, Max.

—¿No decías hace unos minutos que eras una alondra?

Ella no pudo evitar reírse.

Él le soltó los brazos y deslizó sus palmas callosas por sus costillas, apretando sus senos antes de avanzar, presionándola contra las sábanas con su peso, su aliento caliente en su cuello. Emma se retorció contra él, tratando de asimilarlo todo: el calor de sus besos en su garganta, el roce áspero de sus manos en su piel sensibilizada, la sensación de su cuerpo sobre el suyo. Nada de lo que había imaginado en sus sueños más febriles se comparaba con la realidad de estar con él.

—Eres tan suave —murmuró contra su piel. Emma no se sentía suave; su cuerpo se sentía lascivo y desesperado, necesítándolo en lugares que él aún no había explorado.

Sin embargo, también quería prolongar esto. La sensación de tenerlo sobre ella. La intimidad.

—Tú... no lo eres —deslizó una mano entre sus cuerpos para apretar suavemente su miembro—. Todo lo contrario.

—Si supieras cuántas veces tu presencia me pone en esta condición. Ha sido lo más exasperante desearte tanto, a pesar de tu constante maltrato... —Él acarició su cuello con la nariz. Emma soltó una risita.

—¡No fui tan mala!

—Nunca antes me habían comparado con un nabo.

—Ni a mí con un pudín —cediendo, Emma añadió—: Quizás estaba demasiado ansiosa por bajarte los humos.

—Por fin lo admite.

Su sonrisa vaciló.

—No puedo entender por qué tú, un lord apuesto, con título y obscenamente rico, tendrías el más mínimo interés en una don nadie ilegítima como yo.

Si todo esto fuera una broma elaborada para humillarla y arruinarla, Emma cambiaría su nombre, se mudaría al continente y nunca volvería a Inglaterra.

—Nunca debí decir eso. Lo siento, querida —su expresión se oscureció. Subió su enagua lo suficiente para meter la mano bajo las capas de algodón y murmuró—: ¿Qué puedo hacer para demostrar mi arrepentimiento?

Por una vez, Emma se quedó sin palabras. Qué alarmante darse cuenta de que ya creía en su sinceridad. Estaba escrito en la forma adoradora en que la miraba, en el ligero temblor de sus manos mientras la tocaba de maneras que nunca había imaginado.

Max hizo un trabajo rápido con los pequeños botones, ganchos y cintas que cerraban sus enaguas y pantaletas. Se las quitó por las caderas, dejándola desnuda en la cama. Se arrodilló entre sus muslos, su ardiente mirada deteniéndose en su estómago mientras bajaba por su cuerpo.

—Eres la mujer más hermosa que he visto jamás.

Trazó un dedo por su centro. Emma jadeó. Todos los pensamientos se evaporaron de su cabeza cuando él deslizó dos dedos dentro de ella. Sus dedos se curvaron alrededor de su antebrazo, apretando al ritmo de cada caricia mientras bombeaba dentro y fuera.

No sabía que necesitaba esto. Emma se rindió, inclinándose para seguir su ritmo. Pequeños gemidos frenéticos escaparon de su boca.

—Shh, alguien nos va a oír.

Oh, Dios, todos en la casa sabrían dónde había dormido Max anoche y lo que estaban haciendo ahora. A Emma no le importaba. Esta era la aventura más grande que jamás se había atrevido a imaginar, y no iba a echarse atrás ahora. Ya lidiaría con las consecuencias después.

Incluso si eso significaba casarse con Max.

Él se acostó a su lado, medio encima de ella, curvando los dedos para tocar un punto dentro

de ella que hizo que la espalda de Emma se arqueara sobre la cama.

—¿Te gusta así? —gruñó.

Ella gimió contra su hombro. El clímax la golpeó con fuerza, tensando sus músculos y arrancando un gemido profundo de su garganta. Max gruñó y se hundió profundamente, manteniendo un ritmo constante que prolongó su placer durante tanto tiempo que la dejó jadeando cuando finalmente se calmó.

Él se rio con evidente satisfacción y le dio un beso en la frente, luego se apartó. Su miembro abultaba visiblemente sus pantalones. Emma frunció el ceño. —Espera. ¿Y tú qué?

—Otra vez será, cariño.

Emma se quedó allí, atónita, mientras Max se ponía la camisa y salía a hurtadillas de su habitación como un vulgar ladrón. Nunca habría esperado que su arrogante duque diera placer tan generosamente, y luego se negara lo mismo a sí mismo.

Claramente, lo había juzgado mal.

¿O no?

Nueve



EMMA

—¡A ^{-chús!} A Emma le picaba la nariz. Le dolía por dentro antes de cada estornudo provocado por el polvo. Si hubiera sabido que su primer día en Kiefer's Fine Books implicaría subirse a taburetes, mantener el equilibrio mientras se inclinaba para alcanzar los libros al final del estante y agacharse para llegar a la fila inferior, no habría permitido que su doncella le ajustara tanto el corsé. No es que se lo atara muy apretado en primer lugar.

Peor aún, su nuevo vestido de día estaba cubierto de manchas grises. Por mucho que se resistiera a invertir demasiado en ropa, le desanimaba darse cuenta de lo que le había hecho a un vestido nuevo. Aunque nunca le había faltado de nada, era un lujo poco frecuente tener cosas bonitas.

—¿Se encuentra mal, señorita Willis?

El señor Gill rondaba nerviosamente cerca, con las gafas resbalándole por el puente de su estrecha nariz. Se las empujó hacia arriba.

—El polvo me está afectando —confesó ella—. Quizás debería salir a tomar un poco de aire...

—Me temo que no se permiten descansos. Trabaja usted un turno tan corto. Tendría que descontarle el tiempo de su paga.

Emma se rascó el costado de la nariz y suspiró. Estaba tan emocionada por empezar su nuevo puesto que había llegado media hora antes de la apertura, pero no se había mencionado ninguna paga adicional por su tiempo entonces.

No sabía qué hacer con la petición del dueño de un permiso escrito de su padre para trabajar (imposible, ya que había fallecido). Admitir que era la pupila de un duque prominente estaba fuera de cuestión. Sin embargo, si no presentaba una carta firmada de aprobación de su tutor masculino, no podría seguir trabajando.

Emma sabía cómo iría esa conversación.

Max, me gustaría trabajar en una librería.

Emma, habla en serio.

Hablo en serio.

Comenzarían los suspiros exagerados seguidos de una rotunda negativa.

Max nunca entendería sus razones para querer trabajar. Podrían retirarle su asignación. Sus escasos ahorros de la enseñanza en la escuela no eran suficientes para asegurarse un alojamiento durante más de uno o dos meses. Sin fondos, dependería para siempre de personas indiferentes a

su bienestar.

Un duque nunca tenía que aprender la dura lección de que la obligación engendra resentimiento.

Su madre nunca la quiso en primer lugar, dejándola con la abuela de Emma tan pronto como fue destetada. La abuela se volvió cada vez más resentida por tener que criar a una niña en sus años de decadencia, a pesar de que era Emma quien hacía la mayoría de las tareas.

Su padre la había enviado rápidamente a un internado frío y rígido sin molestarse en conocerla primero. Emma se labró un lugar para sí misma mediante el estudio diligente, pero nunca hizo muchas amigas. Solo se quedó porque no tenía otro sitio adonde ir excepto Gracepoint, donde no había nada que hacer más que deambular intentando evitar a su dueño.

Si no era útil, nadie la quería cerca.

Y no había forma de que fuera útil para un duque.

Max tenía una cantidad abrumadora de sirvientes a su servicio. Apenas podía darse la vuelta sin tropezar con una doncella ofreciéndose a aliviarla de un chal o ayudarla con alguna tarea trivial. Él no la necesitaba.

Kiefer's Fine Books sí. Aunque solo fuera para desempolvar tomos que obviamente no habían sido tocados por un cliente en meses.

—Señor Gill —se aventuró—. ¿Ha considerado colocar algunos de estos libros en un estante en el frente a un precio reducido?

—No. ¿Por qué demonios haría eso? —preguntó distraídamente, estudiando el libro de ventas.

—Para atraer a los clientes que pasan por la tienda.

Él levantó la mirada.

—Podrían detenerse a hojear los libros y entrar para comprar uno. Tendrá una mejor oportunidad de mostrarles opciones más caras que si nunca entran a la tienda.

—Pero tendría que reducir el precio de los que ponga afuera. Podrían robarlos o dañarlos.

—No están haciendo mucho por la tienda aquí abajo acumulando polvo, ¿verdad?

—Una sugerencia sensata, señorita Willis. Hablaré con mi tío y quizás lo intentemos.

Complacida, Emma terminó su turno y se apresuró a casa justo a tiempo para cambiarse el vestido sucio antes de encontrarse con Max para almorzar.



Emma observó la pelota que debía golpear donde yacía en el brillante campo verde y sopesó el mazo de goma con el que debía hacerlo. Su caballo se movió debajo de ella. El polo parecía un deporte bastante simple desde el suelo. Montar a caballo por un campo. Golpear la pelota en dirección a la red. Esperar que entre. Repetir hasta que lo haga o tu equipo pierda.

Quizás era un juego simple para jinetes consumados. Emma no era ni remotamente consumada. Empujó suavemente los costados de su yegua baya.

—¡Dale una patada firme!

Emma lo intentó. El caballo trotó una corta distancia, luego se detuvo. Ella perdió el agarre del mazo. Otra vez.

—Mejor —gritó Max. Él, por supuesto, era irritantemente competente para hacer que los herbívoros recalcitrantes obedecieran sus órdenes.

—¡No puedo hacer esto! —Su lamento terminó en una risita, sin embargo—. He estado intentando toda la tarde, pero mi caballo apenas ha recorrido la mitad del campo. Solo quiere

comer hierba. —Emma acarició el cuello de la yegua—. Vaya poni de polo que eres.

—Es una buena poni. Temperamento suave. No estás siendo lo suficientemente firme con ella.

—No quiero lastimarla.

—No lo harás.

Max le ofreció el mazo que había dejado caer, pero Emma negó con la cabeza.

—Me estoy bajando.

Sus piernas no funcionaban correctamente. De hecho, se había puesto pantalones para esta excursión. Se sentía extraño estar en público vestida de manera tan escandalosa. Había atraído más de una segunda mirada.

Su pie no se liberaba del estribo. Max la agarró por la cintura mientras ella se liberaba a patadas, deslizándola descaradamente por su pecho, y no la soltó una vez que sus pies estuvieron seguros sobre la hierba.

—Mantén el equilibrio.

—Ya puedes soltarme.

Max se rio. Ella no quiso reconocer la punzada de pérdida cuando sus manos se deslizaron de sus caderas.

Cada mañana durante la última semana, se había despertado temprano con su forma dormida acurrucada alrededor de la suya. Se había quedado dormida después de cada salida. Entre el esfuerzo de su trabajo en Kiefer's y las ajetreadas tardes que Max planeaba para ella, que en varias ocasiones se extendían hasta la noche, seguía quedándose dormida durante los viajes en coche de vuelta a casa. Él la llevaba a su habitación, le quitaba las prendas exteriores y el corsé, y se metía en la estrecha cama vistiendo sus pantalones y camiseta interior.

Escandaloso.

Sabía que lo hacía, al menos en parte, porque esperaba que ella dijera que sí a su próxima propuesta de matrimonio. Cualquier murmullo de impropiedad quedaría tapado por su posterior boda. A pesar de esto, Max siempre tenía cuidado de escabullirse de su habitación y volver a sus propios aposentos antes de que la doncella llegara con la bandeja del desayuno de Emma.

Entre tanto, se besaban y se tocaban y hablaban, riendo sobre sus aventuras del día anterior y soñando con nuevas.

Imagina despertar así todos los días por el resto de tu vida.

Podía. Demasiado bien.

Emma nunca había sido tan feliz. No confiaba en este sentimiento. Él era un duque. No habría nada que le impidiera buscar una amante una vez que se cansara de pasar tiempo con su tímida pupila.

Seguía siendo una *don nadie ilegítima*, aunque él se hubiera disculpado por decírselo a la cara.

Hace una semana, estaba segura de que no lograrían pasar su período de cortejo negociado sin asesinarse mutuamente. Ahora, Emma empezaba a preocuparse de que no pudiera reunir el coraje para resistirse a él una vez que terminara la semana.

—¿Estás lista para ver un juego de verdad? —Tomó las riendas para llevar a su reacio poni fuera del campo.

—No puedo seguir abusando de este pobre animal —Emma hizo una mueca con cada paso. La primera vez que había intentado montar a horcajadas fue hace dos días, durante su carrera en una pista privada donde uno de los amigos elegantes de Max criaba purasangres. Él la había dejado ganar. Dos veces. Pensó que el dolor desaparecería, pero si acaso, era peor dos días

después.

Se cambió a una falda y regresó al campo, donde se habían reunido ocho hombres a caballo. Llevaban uniformes de colores para indicar a qué equipo pertenecían.

Todo esto era nuevo para ella. El polo no era una actividad en la que alguna vez hubiera tenido la oportunidad de participar, ni siquiera como espectadora.

Después de cada período de juego de siete minutos, o chukka, los jugadores cambiaban de caballos. Él jugaba en la tercera posición, que, según había explicado con evidente orgullo, era el papel más exigente.

Su mirada se desvió hacia su forma alta y ancha. Su caballo era necesariamente el más grande, lo que lo ponía en desventaja a la hora de hacer giros rápidos. Tenía que anticiparse a los otros jugadores y guiar a su montura en consecuencia tomando decisiones en una fracción de segundo. Emma no podía ignorar el aleteo en su vientre cada vez que anotaba un gol y le lanzaba una sonrisa.

A mitad del partido, invitaron a Emma y a otros espectadores a entrar al campo para volver a colocar los trozos de césped en su lugar. Max, respirando agitadamente, se acercó a ella.

—¿Estás disfrutando del espectáculo?

—Mucho. Eres un jugador excelente —Con cierta timidez, examinó el césped y empujó otro trozo de hierba con el pie para acomodarlo—. Ahora entiendo por qué me costaba tanto manejar el caballo y el mazo. Haces que parezca fácil, pero es todo un arte coordinar todo.

—Y agotador también. He reservado mesa para que cenemos en el comedor del club esta noche. Puede que sea yo quien se quede dormido durante el viaje de vuelta.

Emma percibió su vacilación. Quería preguntarle dónde pasaba las mañanas. Pero ella no iba a decírselo. Trabajar en la librería era un recordatorio necesario de que, en realidad, no era una futura duquesa. Este interludio terminaría, y pronto.

Cuanto más pudiera mantener ese hecho en primer plano, menos le dolería dejarlo ir.

O eso esperaba.

—Creo que esa es tu señal —dijo. Para su gran sorpresa, Max se inclinó para darle un rápido beso en los labios antes de alejarse.

Diez

MAX

Esa noche, ambos se quedaron dormidos durante el viaje de regreso. Emma, como de costumbre, se durmió primero, con la cabeza sobre su hombro. Max la acercó más y, antes de darse cuenta, el lacayo lo despertó al bajar el estribo.

Emma apenas se movió cuando la tomó en brazos y la llevó dentro de la casa.

¿Qué demonios hacía ella todas las mañanas?

Estaba medio tentado de seguirla, pero eso sería invadir su privacidad. Se estaba esforzando mucho por ganarse su confianza después de haber pasado años socavándola con sarcasmo e insultos, y sentía que sus esfuerzos estaban dando resultado. Podía contener su curiosidad unos días más.

Max la depositó en la cama, desabrochó cuidadosamente sus botones y le quitó el maldito corsé sin despertarla. Esta vez, fue un paso más allá de lo habitual y le quitó todo excepto la camisola. Luego se desnudó hasta quedar en ropa interior y se metió bajo las sábanas junto a ella.

Mucho mejor que dormir con los pantalones puestos.

Con menos tela entre sus cuerpos, un nuevo problema se presentó a la mañana siguiente. La pálida luz se filtraba a través de las cortinas que una vez más había olvidado cerrar. Max lentamente tomó conciencia del cálido peso de una mujer dormida, con su espalda completamente pegada a su pecho. Su erección se acunaba bajo su delicioso trasero. Con cualquier otra mujer, la habría despertado con besos en la nuca y, después de una cantidad decente de juegos previos, habría subido su camisola para deslizarse dentro de ella.

Pero esta era Emma.

La inocente, espinosa y cautelosa Emma. Había estado introduciéndola lentamente en los placeres de la carne cada mañana. Requería cada onza de su fuerza de voluntad alejarse insatisfecho cada mañana.

Quitarse la ropa había sido un error.

Sus pantorrillas susurraban contra sus piernas. Acarició la parte inferior de su pecho. Emma se agitó.

Esperó conteniendo la respiración.

Emma se retorció y cubrió su mano con la suya, cálida, suave y pequeña.

Para su absoluto deleite —y una oleada de sangre a sus partes íntimas— ella empujó su mano hacia abajo.

—Deja de provocarme y continúa —ordenó. Al parecer, había estado más despierta de lo que él pensaba.

Max frotó su erección contra su trasero, subiendo el dobladillo y encontrándola húmeda de deseo. Hundió dos dedos dentro de ella y comenzó un ritmo constante. Emma se movía con él, sus jadeos convirtiéndose en gemidos.

No iba a ser capaz de reunir la voluntad para alejarse. No hoy.

Su espalda se tensó. Max sonrió contra su cabello y la trabajó hasta que le dolió la mano, deleitándose mientras la llevaba a través del clímax. —Eso es, cariño. Córrete para mí.

Ella pulsaba a su alrededor, jadeando sin palabras, su mano aferrada a su antebrazo. Nunca volvería a pensar en los antebrazos de la misma manera, después de cómo ella los había mirado y se había retorcido cuando se arremangó en la embarcación de remo, y ahora cómo se aferraba a él en una desesperación inconsciente.

¿Qué iba a hacer con su propio estado tórrido?

Max consideró sus opciones para regresar a sus propios aposentos mientras lucía una erección desenfrenada, sin pasar vergüenza, y rápidamente concluyó que no había ninguna buena. Incluso los sirvientes más discretos murmuraban sobre el escándalo de un hombre adulto y su pupila, también adulta pero legalmente dependiente, compartiendo cama cada noche.

A su lado, Emma se retorció. Se incorporó, con su exuberante cabello enmarañado y los ojos brillantes. Para su sorpresa y deleite, ella se sentó a horcajadas sobre sus muslos y dijo:

—Es mi turno de intentar darte placer.

Que el cielo lo ayudara, Max no pudo negarse.

Once

EMMA

Emma miraba fijamente el bulto del miembro de Max bajo sus calzoncillos de lino. La prenda ajustada delineaba la base redonda y pesada, formando una tienda de campaña en un ligero ángulo hacia su hueso de la cadera izquierda. Los músculos moldeados por el remo y la equitación se ondulaban hacia arriba a lo largo de su estómago. Sobre esa extensión, encontró pectorales definidos salpicados de vello oscuro, con pezones planos. Más arriba, sus clavículas afiladas enmarcaban una garganta fuerte que conducía a una barbilla cincelada y labios sensuales.

Inhaló, armándose de valor para encontrarse con sus ojos. ¿Y si él no quería ser el receptor de su torpe primer intento de dar placer a un hombre?

La mirada de Max se clavó en la suya. Gracias a Dios que aún estaba oscuro en su habitación. No estaba segura de poder soportar la intensidad de sus emociones desenfundadas a plena luz del día.

—Adelante —dijo él con voz ronca.

A modo de experimento, trazó la forma de su miembro. Era más largo que su mano y parecía demasiado grande para caber en su boca, y ni hablar de otros lugares. Aun así, tuvo el extraño impulso de intentar lamerlo, así que desabrochó el botón que mantenía cerrados sus calzoncillos y los deslizó por sus estrechas caderas. Él se movió para ayudarla.

—¿Está bien así? —preguntó, recorriendo la parte inferior con la punta de su dedo.

—Más —gruñó él—. Tócame así.

Lo demostró, cubriendo la mano de ella con la suya grande. Sus dedos no podían cerrarse completamente a su alrededor. Max le mostró cómo moverse de arriba abajo. Una sola gota se formó en la hendidura en el centro del glande redondeado. Fascinada, se echó hacia atrás y pasó su lengua por encima.

El abdomen de Max se estremeció. Se cubrió el rostro con ambas manos y gimió.

—¿Debería parar?

—Dios, no. Haz más de eso.

Ah, empezaba a entender ahora. Le gustaba cuando lo tocaba con confianza.

Aparentemente, no le molestaba su inexperiencia, así que Emma pasó los siguientes minutos descubriendo qué hacía que su abdomen volviera a tener ese fascinante estremecimiento. Le gustaba cuando hacía firmes caricias de arriba a abajo por su eje. También ocurría cuando apretaba suavemente el pesado orbe en su base. Cuando abrió bien la boca y lo tomó dentro de esa manera, los músculos de su estómago se tensaron gratificadamente y Max hundió sus manos

en su cabello con un gemido bajo.

Esto iba tan bien que decidió que era hora de llevar las cosas más allá.

Lo soltó, con la mandíbula dolorida, y se deslizó hacia arriba a lo largo de su torso. Para su asombro, Max la atrajo hacia sí y la besó con avidez. Darle placer con su boca no lo había disuadido de besarla. Tenía tanto que aprender, y él era un instructor inesperadamente paciente.

Hasta el momento en que la volteó sobre su espalda y besó su camino hasta sus pechos, acariciando uno con la palma y succionando el otro en su boca ardiente. Ya lo había hecho dos veces antes. La primera vez, la impresión había sido tan intensa que lo había apartado de un empujón. La segunda vez, había gemido y lo había aferrado contra ella, buscando más, hasta que Max había sido quien se detuvo, jadeando entrecortadamente mientras se ponía la ropa y se marchaba apresuradamente. La dejó allí, confundida sobre qué había hecho mal y consumiéndose en su propio deseo.

¿Haría lo mismo esta vez?

No. En su lugar, continuó besando su camino por su estómago y le colocó una pierna sobre su hombro, dejándola expuesta y sin aliento por la anticipación.

Seguramente, no iría a...

Max inclinó la cabeza y la lamió.

Emma jadeó.

Interpretando correctamente esto como un estímulo, la abrió más y continuó lamiéndola hasta que no pudo quedarse quieta. Sonidos sin sentido brotaban de ella. La tensión se acumulaba en su centro. Tan cerca.

—¿Así, cariño?

Ella solo pudo asentir. Su risa le hizo cosquillas en los sensibles muslos. La mordisqueó allí, un sorprendente contrapunto al deslizamiento de su lengua por sus húmedos pliegues. Ella dio un grito, luego exhaló entrecortadamente cuando él continuó succionando su lugar más sensible.

Cuando la había llevado al borde, Max introdujo sus dedos dentro de ella y presionó el sensible botón con la parte plana de su lengua, enviándola a ciegas a través del clímax.

Lentamente, los ojos de Emma se abrieron. Max estaba subiendo por su cuerpo, su miembro erecto contra su cadera.

—Deberíamos detenernos aquí.

Ella negó con la cabeza, su cabello deslizándose sobre la funda de la almohada.

—Quiero hacer esto contigo.

Sus ojos se oscurecieron. Ella contuvo la respiración.

—¿Qué hay de nuestra noche de bodas?

Por primera vez, consideró seriamente decir que sí al final de sus dos semanas. Si esa era la única forma en que él terminaría esto, en lugar de llevarla al precipicio una y otra vez, de todas las formas concebibles excepto la esperada, que así fuera. Se casaría con él y lidiaría con las consecuencias después.

Pero Emma aún no estaba lista para capitular.

—¿Qué pasa con ella? —contraatacó—. Aún tendríamos una. Seguiría siendo nuestra primera vez juntos como pareja casada.

Si se casaban.

—¿No te arrepentirás de que no sea especial?

—Aun así sería especial —insistió—. Además, ¿y si no somos compatibles de esa manera? ¿No preferirías saberlo antes de que hagamos las cosas permanentes?

—¿No... compatibles? —dijo con evidente confusión.

—Tú eres muy grande. Yo no lo soy.

Mientras decía esto, Emma enganchó una pierna alrededor de la parte posterior de sus muslos. No haría falta mucho. Un ligero movimiento de sus caderas, alineación, una sola embestida, y su ardiente curiosidad quedaría satisfecha. Quizás dolorosamente.

Los hombros de Max se sacudieron con su risa.

—Sabes cómo romper la resistencia de un hombre.

Ella sonrió. —No estoy percibiendo mucha resistencia, Max.

Él la besó. Emma saboreó su propio gusto en los labios de Max. No estaba nada mal. De hecho, la intimidad de ese beso la estremeció. El roce desconocido de su miembro contra su sexo aumentó su anticipación. Una extraña presión, un pellizco de dolor, y luego una plenitud como nunca antes había experimentado. Emma jadeó y se aferró a él. Max gruñó.

—Me encanta cómo haces eso.

—¿Hacer qué?

—Aferrarte a mí. A lo que puedas agarrarte. —Le dio un beso en la sien, acunándola en sus brazos—. ¿Estás bien?

Nunca se había sentido tan valorada.

—Mmm. Bien. Esto es agradable, pero seguramente no es todo lo que hay en el proceso, ¿verdad?

Su risa indefensa retumbó en su pecho. Emma se arrepintió al instante de haberlo provocado, pues él se deslizó hacia afuera. Una protesta surgió en sus labios, pero antes de que pudiera expresarla, él embistió de nuevo, y se convirtió en un jadeo inconsciente de sí.

Esto era mucho mejor de lo que había imaginado. Max repitió el proceso, aún lento, aún suave, incluso mientras aumentaba la velocidad. Los muslos de Emma se quejaron. Entre montar un poni de polo y ahora a él, músculos de los que nunca había sido consciente antes se quejaban ruidosamente de dolor.

No importaba. No pararía esto por nada del mundo.

—Emma —murmuró entre dientes—. Emma, no sabes cuánto te he deseado.

Pero sí lo sabía. Ella lo había deseado de la misma manera, aunque su orgullo no le permitía admitirlo, ni siquiera a sí misma. Emma agarró sus caderas entre sus muslos, tensándose en anticipación del clímax inminente. Podía sentirlo construyéndose con cada embestida. El sonido húmedo y rítmico de su cuerpo sobre el de ella resonaba en sus oídos.

Cuando llegó, agarró sus nalgas como si quisiera empujarlo lo más profundo posible dentro de ella. El ritmo de Max se rompió mientras ella se deshacía a su alrededor. Él gruñó su nombre entre dientes apretados, seguido de una letanía de palabras obscenas.

—Emma. Emma. Joder, Emma. Joder, eres tan buena, tan apretada, tan perfecta. Se siente tan bien estar dentro de ti. Te gusta correrte con mi polla dentro, ¿verdad, mi dulce niña?

Sin fuerzas y temblando, Emma inhaló el aroma de su piel, memorizando el momento. Sí, se casaría por esto.

Pero, ¿sería así siempre? ¿O era solo porque era su primera vez que había sido tan intenso?

Max se giró sobre su espalda, se cubrió los ojos con un brazo y la atrajo cerca de su cuerpo. Emma se apoyó sobre su codo. —¿No te vas a ir?

—¿Quieres que me vaya?

—No. Preferiría que te quedaras.

Él sonrió y la atrajo sobre su pecho. Juntos, volvieron a quedarse profundamente dormidos.

Dece

EMMA

Horas más tarde, vestida con un sencillo vestido de lana gris, Emma irrumpió en la librería. La delatora campanilla sobre la puerta anunció ruidosamente su llegada tardía.

—Señorita Willis. Llega usted ocho minutos tarde.

El señor Gill cerró su reloj de bolsillo de golpe.

—Le pido disculpas, señor. Me retrasé por el tráfico.

—Espero puntualidad. Tendré que descontarle un cuarto de hora de su paga.

—¡Pero solo llego ocho minutos tarde! —Emma se ató el delantal a la cintura y metió un trapo para quitar el polvo en el bolsillo.

—Si hubiera llegado siete minutos tarde, habría redondeado a la baja y le habría pagado. Como se retrasó más de la mitad del cuarto de hora, estoy obligado en nombre de la justicia a descontarle los quince minutos completos. Si se asegura de llegar a tiempo en el futuro, no sufrirá las consecuencias de la tardanza. ¿Entendido?

—Entendido.

Justicia, se preguntó Emma, ¿para quién?

Se puso a actualizar el escaparate. Las portadas de los libros se habían desteñido por la exposición al sol, así que los puso en el carrito para venderlos con descuento.

—Este no, señorita Willis. —El señor Gill seleccionó un volumen—. ¿No reconoce una edición rara cuando la ve? Es demasiado valioso para arriesgarse a ponerlo fuera.

—Personalmente, yo no lo habría colocado en el escaparate donde pudiera dañarse con el sol.

Él la miró por encima de las gafas y suspiró. Emma contuvo la respiración, esperando ser despedida por su impertinencia. ¿Por qué no podía controlar su lengua?

—Somos afortunados de contar con su ojo agudo. —El dependiente le dedicó una rara sonrisa—. ¿Por qué no intenta montar un escaparate para atraer a más clientes?

A Emma se le humedecieron los ojos, y no por todo el polvo. A pesar de su mal humor y de su franqueza, aquí la querían. La necesitaban. Y tenía la intención de crear el mejor escaparate de librería que el mundo hubiera visto jamás.



Diseñar el nuevo escaparate le llevó varias mañanas de trabajo, entre fregar el cristal hasta que brillara y crear recortes de papel de personajes de cuentos infantiles. Había un conejo blanco y

una niña con un vestido azul, y un niño con sombrero de copa y monedas de papel dorado para anunciar a Pip de *Grandes esperanzas*.

—Fantasioso —comentó el señor Gill, examinando su obra—. Señorita Willis, aún no ha devuelto su permiso de empleo firmado. Me temo que no puedo pagarle por su trabajo hasta que lo haga.

El corazón de Emma se hundió. No podía pedirle a Max que lo firmara. Él exigiría que renunciara. Quizás no necesitaba este trabajo por el mísero sueldo, pero lo necesitaba por su orgullo. Sería tan fácil acostumbrarse al lujo que Max daba por sentado, y difícil ajustar sus expectativas una vez que ya no tuviera acceso a él.

Nada en la vida era permanente. Había aprendido esa lección hace mucho tiempo. Era mejor mantener sus expectativas en línea con su futuro probable.

Este trabajo era un peldaño hacia lo que fuera que la ayudara a superar el próximo período de agitación que inevitablemente trastornaría su vida. No podía perderlo.

Lo cual significaba una cosa: debía falsificar la firma de un hombre para concederse permiso para trabajar. Idealmente, el garabato notoriamente reconocible de Max. Si tan solo no hubiera quemado todas y cada una de las cartas que él le había enviado, inmediatamente después de leerlas, habría tenido un ejemplo para copiar.

Suspiró. Mientras no se pareciera a su propia caligrafía femenina, sería creíble. Pero revelar la identidad de su tutor planteaba un conjunto de problemas completamente diferente.

A Emma no le gustaba mentir. En este caso, no tenía elección.



Maximus Aloysius Tremaine

Maximus A. Tremaine

M.A. Tremaine

Emma arrojó la pluma. Incluso su puntuación parecía la escritura de una mujer. Pulcra, curva, precisa.

Inventar una historia de la nada sobre la marcha solo la expondría como una mentirosa. Necesitaba mantenerse lo más cerca posible de la verdad sin revelar la identidad de su tutor.

—¿Emma?

Rápidamente empujó los papeles debajo de una pila.

—Aquí estás. Creí que estabas descansando.

¿Era su imaginación, o había un tono sugestivo en su pregunta? El estómago de Emma revoloteó. Estaba cansada, pero demasiado ansiosa para dormir. Esta noche, Max quería llevarla a un verdadero baile, lleno de aristócratas como él.

Eso significaba proximidad física cercana con él en una pista de baile pública. Todos la estarían observando. Emma no confiaba en sí misma para no tropezar con el dobladillo de su propia falda, pisarle los pies y girar en la dirección equivocada. Posiblemente en rápida sucesión.

Emma nunca podría ser la duquesa de Max. Se esperaría que su esposa fuera sociable y amable, ingeniosa y confiada en cualquier circunstancia. No torpe y francamente sincera como ella. Literalmente cualquier otra mujer en la Tierra sería mejor duquesa que una don nadie ilegítima como ella.

Se le hizo un nudo en la garganta al pensar en Max casado con otra persona.

—Lo estaba —su mente daba vueltas buscando excusas—. No podía descansar, así que pensé en escribir...

—¿Una carta? —sugirió él.

—¡Sí!

—¿A quién?

Emma no tenía a nadie. Él sabía perfectamente que ella tenía pocos conocidos de la escuela, todos los cuales se habían graduado, casado y ya no tenían tiempo para su extraña amiga solterona. Toda su familia había fallecido.

—No importa —Max levantó ambas manos con las palmas hacia afuera—. No es asunto mío. Si estás despierta, ¿te gustaría acompañarme a ver una exposición de arte? La galería de un amigo de un amigo de un amigo inaugura mañana en Kew —añadió con ironía—. Normalmente no consideraría ir, pero puede que te guste el tema. Grabados botánicos y paisajes.

—¡Sí! —Emma se levantó de un salto, aplaudiendo de alegría. Él estaba dispuesto a asociar su nombre con un artista que de otro modo podría no interesarle, simplemente porque a ella podría gustarle—. Me encantaría conocerlo.

—Conocerla —corrigió Max, sonriendo—. Marianne North. Es toda una trotamundos. Creo que os llevaríais de maravilla.

Su corazón dio un vuelco extraño en su pecho.

No se suponía que él fuera encantador. Ni considerado. Ni divertido.

Se suponía que Max era un arrogante e insufrible imbécil. A veces, todavía lo era. Pero desde que se había propuesto cortejarla, Emma no tenía una sola queja sobre él.

Eso lo hacía peligroso. Max tenía la capacidad de devastarla tan profundamente que nunca se recuperaría de la pérdida. No podía permitir que eso sucediera.

—¿Qué es esto?

Había cubierto sus intentos de practicar la falsificación, pero Emma había dejado la maldita solicitud de Kiefer's Fine Books sobre su escritorio. Max la cogió y la leyó rápidamente.

—¡Eso es mío!

El pánico la invadió.

—Tus deudas son más. Si le debes dinero a una tienda, no permitiré que lo pagues con tus propios fondos —frunció el ceño—. ¿Este es el secreto que has estado ocultando? ¿Estás empleada? ¿En una librería?

La diversión en su voz hirió a Emma en lo más profundo.

—¿Qué tiene de malo eso, Max?

—Vas a ser duquesa. Mi duquesa. ¿Por qué demonios querías cansarte cargando libros polvorientos, cuando podrías tener una vida de ocio conmigo?

Bajo su risa, Emma percibió una nota de confusión. Su corazón se resquebrajó.

No lo entendía. No la comprendía, ni siquiera después de todo el tiempo que habían pasado juntos.

Había pisado tepes de césped que tenían más perspicacia que Maximus Assimus Tremaine.

De repente, Emma se sintió muy sola en el mundo. Era un amargo recordatorio de que no tenía lugar en su vida. Después de todo, la había traído aquí para deshacerse de ella. Cortejarla no había sido más que uno de sus caprichos temporales.

—No puedo pasar mis días en la ociosidad, Max, por muy entretenida que sea. Necesito sentirme útil. Si no trabajo, no... seré...

No pudo obligarse a decir la palabra *inútil*.

—¿Libre para entretener a tu marido?

Max movió las cejas, convirtiendo el momento en una broma. Excepto que para ella no había nada gracioso en esto.

Los sentimientos se desvanecían. Nunca sería nada más que la hija no deseada de un hombre rico. Emma no podía soportar la idea de convertirse en la esposa igualmente no deseada de otro hombre rico y con derecho. Especialmente la de él.

—Lo siento, Max. No puedo —las palabras se le atascaron en la garganta—. Lo pasamos bien juntos. Atesoraré los recuerdos.

—No querrás decir... —dudó—. Ya veo. No he logrado hacerte cambiar de opinión en absoluto. Quieres que firme esta carta, te haga un giro bancario por el importe de tu herencia y te deje marchar.

Emma solo pudo asentir. No era que lo quisiera; lo necesitaba. Por su propia cordura.

No había nada máspreciado que la independencia.

—Muy bien.

Max se dirigió al escritorio, tomó su pluma y garabateó su nombre con una firma florida al pie de la carta que ella había redactado. ¿Habría leído las palabras que había elaborado con tanto cuidado en un intento de sonar como él, expresando sus deseos más profundos?

Ni siquiera se molestó en sentarse. Las lágrimas le escocían los ojos. Quería que se fuera lo antes posible.

Sus dedos se rozaron cuando le pasó los papeles. —Haré que transfieran tu dote a una cuenta bancaria a tu nombre. Aquí tienes cien libras para empezar. Es un regalo. Sé que administrarás bien tu herencia, pero no es una gran suma de dinero. Si te encuentras en dificultades... —Inspiró—. Por favor, ten cuidado ahí fuera.

—Mis necesidades son simples, Max. No estoy acostumbrada a todo esto —hizo un gesto vago hacia su opulento entorno—. No merezco tales lujos. No tendría la menor idea de qué hacer, y ambos sabemos que no puedo mantener la boca cerrada. Sería un desastre como duquesa.

Le acarició la mejilla con ternura. —Serías mi esposa rebelde, y yo adoraría cada momento de nuestros enfrentamientos —dijo Max con nostalgia—. Pero si esto es lo que quieres, pajarito, entonces vuela. Ya no intentaré enjaularte.

Con esas palabras, el corazón de Emma se hizo añicos por completo. Se quedó clavada en el sitio mientras Max pasaba junto a ella, cerrando la puerta tras de sí con un suave clic.

Solo entonces dejó que las lágrimas cayeran.

Sus peores sospechas habían sido correctas. Él nunca la había querido de verdad. No lo suficiente como para luchar por ella. Era hora de marcharse.

Adónde, no lo sabía.

Trece

EMMA

La segunda mañana que despertó sola en su cama mohosa, con un dolor de espalda por los resortes hundidos en el medio, Emma realmente se arrepintió de su decisión de dejar a Max. En Ardennes House, podría haber tenido una cama permanente, en lugar de alquilar esta inferior y temporal.

Había sido una tonta al rechazar tal lujo. Sábanas suaves de algodón envolviendo el torso desnudo de Max-

No pienses en eso.

Si se enfocaba en lo que había renunciado, Emma perdería el coraje para seguir avanzando hacia lo que necesitaba. Sí, esto era sombrío, pero no sería para siempre.

Se puso el vestido de lana, abrochando la falda alrededor de su cintura y abotonando la chaqueta hasta la garganta. Aún quedaban manchas de polvo oscureciendo el dobladillo en algunos lugares, donde había intentado limpiarlo ayer. A pesar de haberse lavado con un paño y jabón humedecidos con agua de la jarra y el lavabo descascarados, Emma sentía como si una película de suciedad se adhiriera a su piel.

Una punzada de anhelo por un baño caliente cuando quisiera la tomó por sorpresa.

—Pensar que podría haber sido duquesa —murmuró, examinando su estrecha habitación—. Sin embargo, elegí esto.

No había tiempo para lamentar lo que pudo haber sido.

Su garganta se cerró alrededor de un nudo de emociones. Arrepentimiento. Envidia. Orgullo. Emma se sacudió todo eso y se inclinó para comprobar que su dinero estuviera bien escondido bajo la tabla suelta que había encontrado el día que se mudó, luego bajó a un desayuno decepcionante de un solo huevo y pan duro. La casa de huéspedes para damas era un establecimiento respetable, pero no más cómodo que el de la señora Quarrie.

—Buenos días, señor Gill —dijo con alegría determinada al entrar en la tienda, dejando su paraguas en el paragüero.

—Buenos días, señorita Willis. ¿Le importaría reabastecer el carrito? Una vez que el clima mejore, intentaremos sacarlo de nuevo.

Emma tomó un respiro para calmarse. Si debía vivir con las consecuencias de su decisión, necesitaba un salario más alto para mantenerse.

—Ahora que he demostrado mi confiabilidad y valor para la tienda, señor Gill, esperaba un aumento de salario. Verá, mis circunstancias financieras han cambiado, y no puedo llegar a fin de mes con tres horas de trabajo al día.

—El dueño no lo aprobará —dijo sin levantar la vista del libro de contabilidad donde estaba revisando las ventas del día anterior—. Además, la tienda no puede mantener económicamente a un segundo empleado a tiempo completo. Quizás en unos meses mi tío lo consideraría.

—Pero sé que el truco de sacar este carrito ayudó a aumentar nuestros ingresos —protestó ella. Sin mencionar cómo su ingeniosa exhibición en el escaparate había incrementado el número de clientes curiosos atraídos al interior para mirar—. Puedo demostrarlo.

—Sí, pero no es como si fuéramos a darle todas las ganancias, señorita Willis —Se colocó el sombrero sobre la cabeza y metió los brazos en las mangas de un abrigo impermeable—. Me voy a evaluar una colección. Un ricachón que vende la biblioteca de su abuelo. Espero que haya varios libros raros e interesantes para adquirir. Volveré antes de que termine su turno. Si el clima mejora, recuerde sacar el carrito afuera.

La campanilla sonó alegremente, un marcado contraste con la actitud desdeñosa del señor Gill.

Emma se ocupó aprovechando la oportunidad para examinar el libro de cuentas en ausencia de su empleador. Lo que descubrió la hizo enfurecer.

—¡Qué mentiroso y estafador!

Cerró de golpe el libro de contabilidad encuadernado en cuero. —Un aumento promedio diario de ventas del ocho por ciento más que pagaría unas cuantas horas más cada semana. El avaro miserable.

Si ella fuera la Duquesa de Ardenne, nadie se atrevería a aprovecharse de ella de esta manera.

Una cosa era ser útil, y otra muy distinta ser utilizada. Esto era lo segundo.

La enseñanza no había sido satisfactoria, y quitar el polvo a los libros lo era aún menos. El señor Gill no la necesitaba; cualquiera podía manejar un plumero. La sensación de pertenencia que había sentido mientras trabajaba aquí no era real.

Recordar la confusión y decepción de Max cuando rechazó su propuesta le provocó lágrimas ahora. Durante años, había deseado que él se fijara en ella, pero cuando lo hizo, entró en pánico y huyó. Emma había estado tan dedicada a protegerse del rechazo que había infligido el mismo dolor al hombre que...

...amaba.

Emma no lloraría. Estaba enojada y dolida y todo lo que quería hacer era lanzarse a los brazos de Max y escucharlo decir: *Todo estará bien, querida*. Extrañaba sus bromas. Él habría hecho un chiste sobre los tenderos tacaños y habría hecho que toda la situación fuera irrelevante comprando la librería entera para ella, solo por despecho.

Max apoyaba sus sueños, sin importar cuán extravagantes o costosos fueran, pero ella había estado demasiado ciega para ver que él expresaba su amor con generosidad. Simplemente era demasiado tímido para decirlo con palabras.

Tan pronto como el señor Gill regresara, iría a buscar a Max y le diría cuánto lamentaba haber sido una tonta tan obstinada.

La una llegó y pasó. Su estómago rugió. La campana sobre la puerta sonó solo un puñado de veces. Registró dos modestas ventas. Simplemente no había mucha gente de compras en un día lluvioso de primavera.

A media tarde, Emma estaba tan hambrienta que pensó que podría desmayarse.

Encontró una tabla con una cuerda que tenía un reloj pintado, ajustó las manecillas móviles para indicar que regresaría en un cuarto de hora, y la colgó en la ventana mirando hacia afuera. Había una casa de té al otro lado de la calle donde podría conseguir un sándwich.

Afuera, se dio cuenta de que no tenía forma de cerrar la tienda con llave. Las lágrimas le escocieron los párpados. La lluvia fría le goteaba por la nuca. Emma nunca había estado tan hambrienta en su vida, pero no podía dejar la tienda abierta y sin vigilancia.

¿Qué iba a hacer?

—¿Señorita Willis?

—¿Max? —Emma giró. Efectivamente, allí estaba su amado duque, caminando por la calle, una cabeza más alto que cualquier otro hombre alrededor. Inolvidable. Su corazón dio un vuelco.

—Me preguntaba si la encontraría aquí. Quería venir antes, pero... —Se interrumpió, pareciendo estar dividido entre tomarla en sus brazos y volver por donde había venido—. No estaba seguro de cómo sería recibido.

—Estoy tan feliz de verte, Max —dijo ella apresuradamente. Él la tomó en sus brazos—. Esto de abrirme camino en el mundo es difícil, —murmuró contra su hombro, inhalando el aroma a lana húmeda de su ropa. No quería estar sola. Quería ser amada.

Su pecho se movió en lo que debió ser una risa ahogada.

—No te rías de mí.

—No lo hago.

—Sí lo haces. —Pero ella también lo hacía. Emma rodeó su cintura con los brazos y enterró el rostro en su chaqueta para ocultarlo. Con un resoplido de arrepentimiento, dijo—: Soy ridícula, Max. He estado tan asustada de que me enviaras lejos que elegí alejarme antes de que pudieras rechazarme.

—¿Por qué pensarías que te enviaría a algún lado, Em? ¿No es el matrimonio una condición bastante permanente?

—También lo era la maternidad, en teoría, y sin embargo mi madre me dejó con mi abuela tan pronto como me destetó. Necesitaba el trabajo, pero también es cierto que no quería un bebé. —Se encogió de hombros—. Mi padre solo se hizo responsable de mí después de que quedé huérfana y no había nadie más que me cuidara. Su orgullo no le permitía ser el tipo de hombre que deja que su bastarda vaya al orfanato, pero tampoco me quería exactamente. Ni tu padre me quería como su pupila, y definitivamente tú tampoco.

Sus brazos se estrecharon alrededor de ella.

—No como una pupila, querida —Max bajó sus labios a los de ella en un beso suave y reconfortante, tan dulce que Emma se derritió—. Como mujer, sí. Desde el principio, aunque eras demasiado joven cuando nos conocimos inicialmente, y yo era demasiado estúpido para entender lo que sentía por ti entonces —Otro beso, este lo suficientemente sensual como para hacerle enroscar los dedos de los pies—. No pretendía alejarte, ni entonces ni ahora. Te amo. Vine a buscarte para decírtelo, con la esperanza de que pudiera hacerte cambiar de opinión. Respeto tu decisión, pero no estaba dispuesto a renunciar y dejarte ir tan fácilmente.

Emma sorbió. El mundo se volvió borroso. —Oh, Max. Estaba cerrando la tienda con toda la intención de volver a casa. Bueno, admito que iba a almorzar primero. Estoy muerta de hambre. Te he echado de menos. Quiero despertar en tus brazos cada mañana por el resto de mi vida...

Él la interrumpió con otro beso.

—¿Señorita Willis! ¿Qué demonios está haciendo?

Ella y Max se giraron para encontrar al Sr. Gill apresurándose calle arriba, con los faldones de su abrigo revoloteando a la altura de sus rodillas y un tinte rojo de enojo en su rostro fruncido.

—¿Por esto es que las mujeres son pésimas empleadas! Tal comportamiento desenfrenado refleja mal en la tienda. ¿Qué pensará la gente?

—¿Quizás si usted hubiera regresado antes de que terminara mi turno, como prometió, no me

habría visto obligada a cerrar la tienda y buscar mi almuerzo largamente postergado! —declaró Emma.

—¿Desde cuándo besar a un hombre extraño a plena luz del día califica como sustento?

—Usted malinterpreta la situación, señor...

—Gill. Soy el encargado de la tienda.

—Un placer conocerlo, Sr. Gill. Puede dirigirse a mí como Lord Tremaine, Duque de Ardenne, y se dirigirá a mi futura esposa con el máximo respeto.

—¿Duque? —Miró nerviosamente a Emma y tragó saliva—. ¿Esposa?

—Deseo recibir el dinero que he ganado y dejar su empleo inmediatamente, Sr. Gill. Aunque he disfrutado trabajar en una librería, encuentro que un futuro diferente me llama. Su Gracia ocupará todo mi tiempo en el futuro previsible.

Ella enlazó su brazo con el codo de Max y le sonrió. Max le dio una palmadita en el brazo.

—Quizás deberías abrir tu propia librería, mi dulce —Un rayo de sol atravesó su rostro, resaltando sus hermosos rasgos. Las nubes en lo alto se despejaron, y un arcoíris de repente iluminó toda la calle—. Ya que estamos aquí, propongo que visitemos a la modista y te probemos un vestido de novia. Si me harás el honor de casarte conmigo tan pronto como se puedan publicar las amonestaciones.

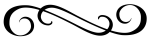
—Sí, Max. Pero primero, ¡comida! —exclamó Emma, presionando su mano libre sobre su estómago.

Max se rio.

—Conozco el lugar perfecto.

Se alejaron paseando, cogidos del brazo, dejando al señor Gill farfullando con indignación y asombro.

Emma, tres años después



—¿Tiene una copia de *Alicia en el País de las Maravillas*?

—En efecto, la tenemos, Lady Pindell —Emma hizo un gesto con el dedo—. El Emporio Literario de Emma tiene todos los clásicos, tanto educativos como de entretenimiento. Ese libro en particular se vende rápidamente, lo que probablemente explica por qué no lo vio en el estante. Déjeme revisar en el almacén.

La dama en cuestión la siguió de cerca.

—¿No le preocupa que malcríe a los niños con entretenimiento, en lugar de enfatizar la educación?

Emma se giró sobre sus talones.

—No. Creo firmemente que los niños aprenden mejor a través de la narración de historias. ¿Alguna vez ha escuchado a un niño pequeño? Están llenos de imaginación y curiosidad. Si podemos aprovechar eso para las áridas mecánicas de la alfabetización, criaremos generaciones de lectores entusiastas. Después de todo, un niño que nunca abre un libro no puede aprender nada de su contenido.

Las cejas de la señora Pindell se alzaron. Emma intentó contener su entusiasmo.

—Permítame reformular. Si no creyera que los libros son una experiencia enriquecedora para los niños, no habría abierto una librería dedicada específicamente a la literatura infantil. Podría dedicar mi tiempo a cualquier otra actividad que me apeteciera, pero esta es la que me llena el corazón. Por si sirve de algo, la propia Reina está de acuerdo conmigo.

Emma nunca había esperado entablar amistad con Victoria, pero resultó que la sociedad era mucho más indulgente con su franqueza de lo que jamás se había atrevido a esperar.

Al otro lado de la ruidosa y abarrotada tienda, divisó a su altísimo marido mientras perseguía a su hija de dieciocho meses, muy pequeña y muy rápida.

—¡Samantha Tremaine, vuelve aquí, diablilla!

Un chillido de alegría resonó por toda la sala. Emma se inclinó torpemente para recoger a su hija y le plantó un beso en sus regordetas mejillas. Samantha le dio una patada en su abultado vientre. Emma, haciendo una mueca, le pasó la niña a su padre.

—Uf. Que te den patadas por delante y por detrás no es agradable.

—Lo siento —murmuró él—. Esta pequeña va a volver locos a los caballeros algún día.

—Y a nosotros.

—Su Excelencia, si no le importa, tengo que elegir un regalo y tengo prisa. —Los labios de Lady Pindell se curvaron en una sonrisa indulgente.

—Sí, por supuesto. El señor Gill la atenderá.

Emma llevó el volumen de lujosa encuadernación al mostrador principal, donde se lo entregó a su antiguo jefe para que lo cobrara y lo envolviera en papel. Después de que la librería de su tío cerrara por bajas ventas, ella había alquilado el local y lo había contratado para dirigir su librería.

Lo que originalmente pretendía ser una tienda benéfica parcialmente sostenida por ventas había superado sus expectativas más descabelladas. Los polvorientos y sombríos volúmenes de cuero que esperaban en vano encontrar hogar entre aspirantes a eruditos habían sido reemplazados por estanterías repletas de colorida literatura infantil, juguetes y una ecléctica selección de libros que a Emma le gustaban. Obras de Jane Austen se acomodaban junto a títulos más aventureros de Henrik Ibsen y Elizabeth Gaskell.

La combinación de artículos lúdicos tanto para niños como para adultos había demostrado ser un negocio exitoso. Incluso si Max se declarara en bancarrota mañana, Emma aún podría mantener a su familia. Su trabajo era una fuente de orgullo y propósito, y Max nunca se quejaba de cuánto tiempo le absorbía. Si acaso, le gustaba avergonzarla presumiendo de sus logros.

En su mayoría, dejaba la gestión diaria a Gill, pues ella tenía prioridades más importantes, como evitar que el inquieto cuerpecito de Samantha se cayera del mostrador donde su padre la había colocado.

—Nada de probar la gravedad —la reprendió.

—Solo la paciencia de su papá —gruñó Max con afecto—. ¿Estás lista para almorzar?

—Más que lista. —Siempre tenía hambre en esta etapa del embarazo, aunque rara vez podía comer mucho—. El empleado de la tarde llegará a la una para relevarte durante tu descanso del mediodía.

Emma, habiendo experimentado la injusticia de una mala administración, se aseguraba de tener siempre suficiente personal bien remunerado para cubrir la tienda durante sus horas de funcionamiento.

—Sí, Su Gracia.

—Y deja esas tonterías de "Su Gracia" —ordenó, aunque sabía que no la escucharía. Ni una sola vez desde su matrimonio había dejado de dirigirse a ella formalmente.

—He encontrado el lugar perfecto —dijo Max con orgullo, acercando a Samantha hacia él—. Te encantará. La última vez que estuvimos allí, creo que declaraste que era el mejor sándwich de jamón de todo Londres.

Emma se rio. A Max le encantaba bromear con ella haciendo una reserva en la casa de té donde ella había devorado su almuerzo aquel día después de enfrentarse al señor Gill en la calle. Cada vez que hacía esta broma, ella afirmaba que era el mejor que había probado jamás, a pesar de que la comida era bastante mediocre. La comida poco emocionante les sentaba mejor a ambos estómagos que la cocina más refinada cuando se veían obligados a viajar en carruaje.

Él la atrajo hacia sí y la besó descaradamente, a la vista de cualquiera que quisiera mirar. Ella entrelazó sus manos en el cabello de él y sonrió contra su boca cuando Max susurró:

—Y te tendré a ti de postre.

Fin



Vea a Max cumplir su fantasía de enseñar a Emma a nadar cuando reclame su epílogo extra gratuito: <https://BookHip.com/THHAXBV>



Sobre la autora:

Carrie Lomax es la autora superventas de novelas románticas históricas y contemporáneas. También escribe novelas de fantasía romántica para adultos jóvenes bajo el seudónimo de Joline Pearce.

[Encuentra más libros](#) de Carrie Lomax.

Acerca del Autor

Carrie Lomax es la autora superventas de novelas románticas históricas y contemporáneas. También escribe novelas románticas de fantasía new adult llenas de angustia bajo el seudónimo de Joline Pearce.

Criada en la Wisconsin rural, pasó mucho tiempo explorando los bosques y fantaseando con nuevos lugares. Sus aventuras la llevaron a Oregon, Michigan, y después de una temporada enseñando en Francia, se mudó a la ciudad de Nueva York, donde permaneció durante los siguientes 15 años. Allí obtuvo dos títulos de posgrado, un esposo y una carrera como bibliotecaria. Ávida corredora, lectora y ciclista, vive en Maryland con dos lectoras en ciernes y su héroe romántico de la vida real.

Síguela en redes sociales:



Otras Obras de Carrie Lomax

Cala del Caballero

[El Duque y el Secreto de la Nochebuena](#)

El Canalla Secreto de la Solterona

La Novia Robada del Pirata (Febrero de 2025)

Escándalos de Londres

El Señor Indómito

El ascenso de Lady Dalton

El Señor Perdido

El Corazón Robado del Duque

Las Doce Noches

[Dueto de Doce Noches](#)

(Colección de Novelas Cortas Navideñas, Doce Noches de Escándalo y Doce Noches de Perdición)

Virtud y Vicio

Casada por el Duque